



Dr. Plinio

Mensual Vol. VII - Nº 76 Agosto de 2024



*Grandeza sacrificada,
bondadosa y combativa*

La gran alegría de María Santísima



Flávio Lourenço

Se acostumbra representar a Nuestra Señora con el Corazón traspasado por siete espadas, símbolo de los siete dolores principales por los que pasó su alma santísima.

Me gustaría ser pintor para representar a la Madre de Dios subiendo al Cielo con su Inmaculado Corazón a la vista y dos espadas saliendo rayos refulgentes. Porque esa era la gran alegría de Ella: los tormentos sufridos, las luchas aceptadas.

También va a ser la nuestra. Cuanto más sufrimos, más debemos recordarnos de la gloria y alegría que tendremos en el paso de esta Tierra para el Cielo y, sobre todo, en la visión beatífica por los siglos de los siglos.

Pidamos a María Santísima, en esta fiesta de su Asunción, que esas consideraciones tengan vida en nuestras almas..

*(Extraído de conferencia
del 15/8/1966)*

Lucha, luto y gloria

Santo Tomás de Aquino define la gloria como siendo el efecto que vuelve a su causa y la alaba. Es, pues, la alabanza perfecta dada por quien debe la gratitud y el tributo a alguien que está en el origen de un beneficio recibido. Se aplica, sobre todo, a Dios Nuestro Señor, Causa de las causas.

En relación con Nuestra Señora, verificamos este concepto de gloria de la siguiente manera: Siendo ella la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, es también la Madre de su Cuerpo Místico, la Iglesia. Por medio de ella, todas las gracias llegan a los hombres y todas las oraciones suben a Dios. Por lo tanto, por designio divino, María está en el origen de todos los dones, inmediatamente debajo de Dios. Y la gloria de Ella se da desde que todos los hombres se vuelvan a Ella y la alaben.

Sin embargo, esa alabanza no puede ser solo un cántico a la grandeza y de la bondad de María. Debe consistir también en el reconocimiento efectivo, que se traduce en actos, de esta grandeza y de esta bondad. Luego, alaba a la Santísima Virgen quien vive de acuerdo con las virtudes de las cuales Ella dio ejemplo.

Glorifica a Nuestra Señora, por lo tanto, quien vive de acuerdo con las virtudes que la Iglesia Católica inculca, porque la Virgen María practicó en el más alto grado todas las virtudes enseñadas por la Santa Iglesia.

En efecto, quien contemplase a Nuestra Señora tendría, en un solo golpe de vista, la noción de toda la sabiduría y continuidad de la Iglesia, del esplendor de todos sus santos, del talento de sus Doctores, de la belleza de su Liturgia en todas las épocas, del heroísmo de todos los cruzados y mártires. En fin, no hubo maravilla engendrada por la Esposa de Cristo y en la cual ella manifestase su espíritu que no brillase en María Santísima plenamente y con fulgor extraordinario.

Así, alabamos a la Madre de Dios siendo y actuando como manda la Iglesia Católica.

Ahora, en esta tierra la Iglesia es militante y en este momento se encuentra en el auge de su lucha. Por eso, los pensamientos de Nuestra Señora para nuestro siglo no pueden dejar de ser de combate, de manera que si ella se encontrase visiblemente entre nosotros estaría estimulándonos a la lucha por su causa.

Por otro lado, los castigos pronunciados en Fátima serán manifestaciones de la gloria de María. Ya el simple hecho de haberse dado el Mensaje de Fátima y de haberse verificado las profecías, atestiguan la veracidad de las apariciones y el imperio de Nuestra Señora: Ella avisó, no hicieron caso, fueron punidos. Pero también profetizó el triunfo de su Sapiencial e Inmaculado Corazón. Por lo tanto, la Santísima Virgen María vencerá y, después de esa victoria, sonreirá a los hombres con la plenitud de su bondad.

Terminados los castigos e iniciado el Reino de María, la gloria de María se desarrollará con un esplendor verdaderamente magnífico.

La figura de esa gloria ya empezó a nacer en lo íntimo de nuestras almas. La belleza del movimiento de alma con que deseamos esa gloria y de la esperanza con la cual, a pesar de nuestras infidelidades, desde ya presentimos como será, indica que, en la noche, en medio de la tempestad y de dentro del lodo de la Revolución, ya se ve despuntar el sol de esperanza que disipará las tinieblas, hará cesar la tempestad y secará el lodo. La belleza de los primeros fulgores de ese sol en algunas almas que se conservan puras dentro de ese lodo, contiene en su raíz todo el pulchrum de la gloria del Reino de María.

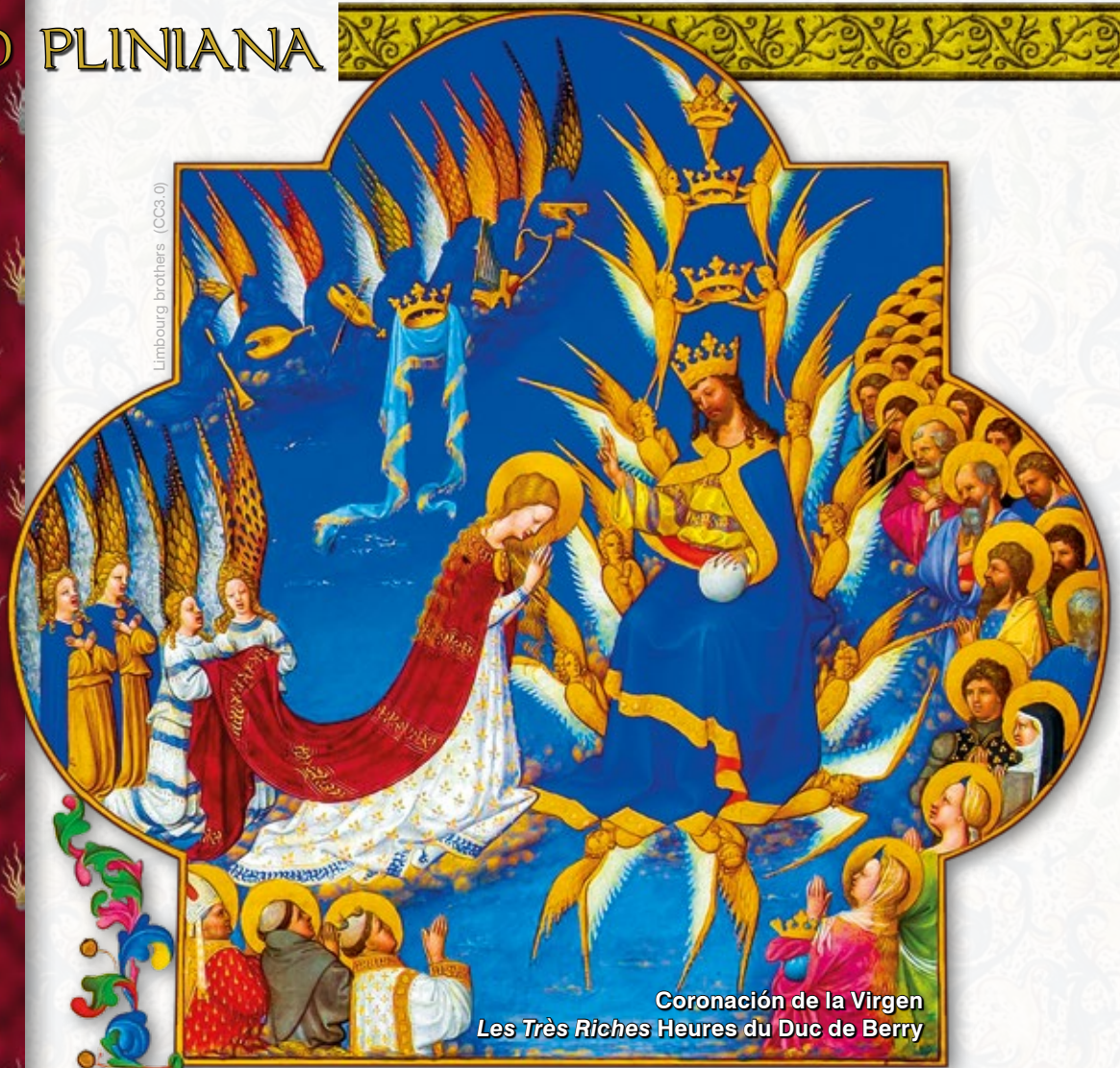
Estas consideraciones nos remiten al sublime misterio de la Asunción de María a los cielos: En medio al luto de toda a naturaleza por la muerte de la Virgen Madre, de repente notamos la gloria delicadísima, suavísima, virginalísima, maternalísima de Nuestra Señora que resurge y comienza a subir a los cielos, manifestando bondad y grandeza, con una sonrisa materna que crece en atracción a medida que ella se eleva, como quien dice: “Yo, en realidad, me quedo. Rezad porque estaré siempre presente, unida a vosotros”.

Consideremos estas maravillas, pidiendo a la Santísima Virgen que, ya sea en la lucha o en la prueba, en la bondad o, si fuera preciso, en el castigo, acelere el momento de su gloria. Y que venga pronto aquel día bendito en que veremos a la Iglesia rejuvenecer, y un gran Concilio proclame como dogma de fe la Mediación Universal de esta excelsa Señora, de quien los Estados, la sociedad, las familias y los individuos se harán voluntariamente esclavos.*

* Cf. Conferencia de 7/10/1971



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Para pedir un total desapego

Oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, dotado de los mayores dones naturales y sobrenaturales, exento de la más leve sombra de defecto, Vos os manteníais desapegado de todo, no queriendo esos dones para aparecer a los ojos de los hombres y ni siquiera de los Ángeles, sino exclusivamente para el amor, gloria y servicio de vuestro Divino Hijo y de la Santa Iglesia, considerad el corazón de este hijo vuestro, tan apegado a mis cualidades reales o imaginarias e incluso a mis míseros defectos, y tened compasión del estado de mi alma.

Vuestra oración es omnipotente. Alcanzadme, pues, la gracia de una transformación radical que me convierta hasta los más íntimos fundamentos de mi alma, volviéndome totalmente desapegado de todo y dirigido hacia Vos, de suerte que yo logre ser, por vuestra misericordia, un hijo y esclavo que prefiera morir a vivir en una Iglesia devastada y sin honor, y viva de la confianza de que la Revolución acabará y vendrá vuestro Reino. Así sea.

(Compuesta el 12/10/1968)



Discernimiento luciliano por connaturalidad

Llamada a conocer y amar por connaturalidad todas las cosas, Doña Lucilia poseía una profunda riqueza de alma, por la cual su discernimiento, su inteligencia y su afecto abarcaban un campo muy vasto.

Por más modesta que sea una madre, desde que ella lo sea en toda la fuerza del término, la condición materna envuelve elementos indiscutibles de realeza. Como, a propósito, la del padre también. La realeza de un rey y de una reina son indisolubles de la condición de padre y de madre.

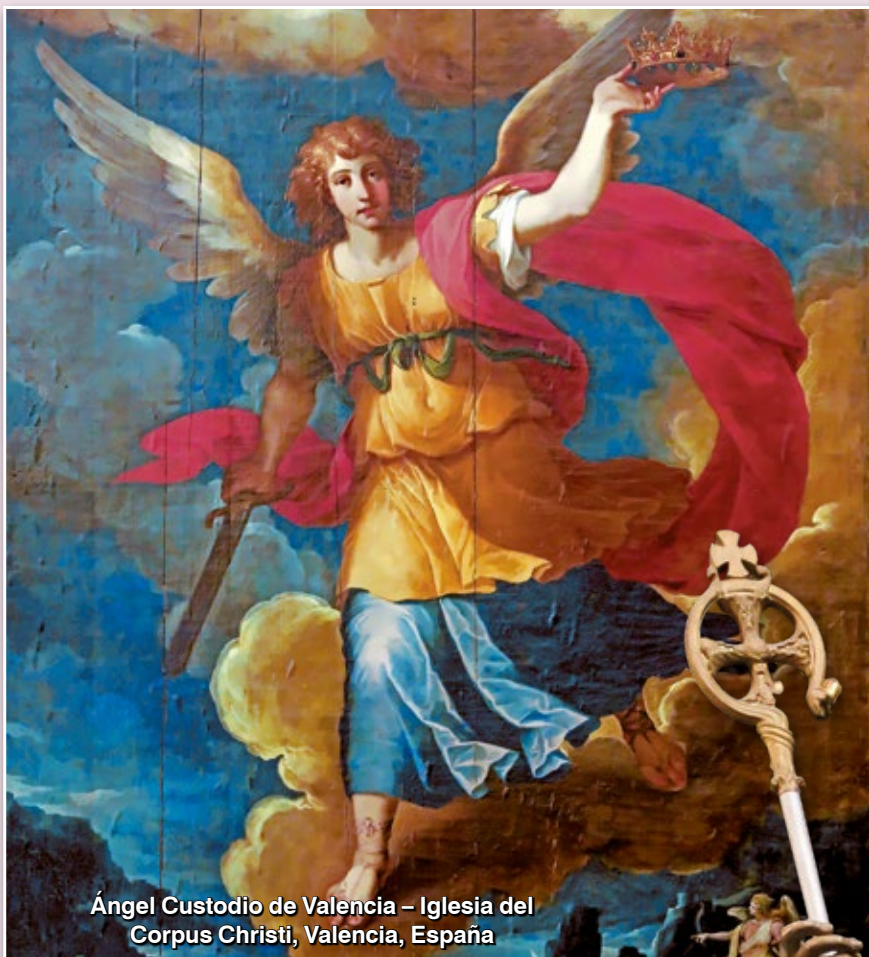
Patrocinio y realeza sobre las almas

Dios le dio a Nuestra Señora el imperio del Cielo y de la Tierra, así como de todo el universo, pero por una razón análoga a esta, Él quiso que debajo de su poder hubiese sub-imperios y sub-reinos.

Los Ángeles de la Guarda, por ejemplo, ejercen un papel como ese en favor de cada uno de los países que gobiernan. Y esa realidad, de hecho, se opone al modo restrictivo de considerar esos embajadores divinos como meros escudos defensores contra los peligros.

El ángel custodio es el modelo ideal, el arquetipo de la nación, la





Ángel Custodio de Valencia – Iglesia del Corpus Christi, Valencia, España

cual modela según él propio, pues tiene con ella una cierta connaturalidad que no tendría con otra nación quizás hasta más amada por Dios. Ese ángel amaría aquella nación, por ejemplo Luxemburgo, de un modo determinado por causa de esa connaturalidad.

Como resultado, él conduce las cuestiones de Luxemburgo tomando en consideración esa connaturalidad que Dios estableció cuando lo creó, y después cuando, por el curso de la Historia, se formó Luxemburgo. Fue una formación, un juego ordenado de factores deseados por Dios.

Y esto constituye una especie de parentesco espiritual, que da la idea entera del Ángel de la Guarda, como el padrino que educa, forma y orienta.

Así también deberían ser determinados santos con ciertas almas, más aún cuando ellos son llamados a llenar, en el Cielo, los lugares que

los bandidos de los demonios dejaron vacíos. Además, imagino que esos bienaventurados se ocupan del cuidado de las almas y de los pueblos que quedaron sin protección de los ángeles infieles, según una destinación y una distribución de los designios y de los planes de Dios eventualmente un tanto retocada.

Una serie de cosas que conocí sobre los ángeles me parece que caminan en esa dirección, y creo que el patrocinio de los santos sobre alguien es muy parecido con el papel del ángel que dirige o tiene un patronato sobre determinados pueblos. Por ejem-

plo, se sabe que San Miguel Arcángel es el patrono oficial de la Iglesia Católica, pero San José también lo es, a títulos diferentes. Vemos, por lo tanto, que en esa tarea caben desmembramientos armónicos que aumentan la belleza del plan de Dios.

A mi modo de ver, esto se da muy especialmente con las familias de almas de las Órdenes Religiosas, sobre cuyos miembros el Fundador, si practicó las virtudes en grado heroico, tiene un patrocinio de esa naturaleza. ¿Quién sería capaz de negar que San Benito es patrono y protector de los benedictinos? No es posible. Pues bien, lo mismo se da con los franciscanos, los dominicos, los jesui-





DOÑA LUCILIA

tas, y así por delante. Todos esos patrocinos se ejercen. Entonces, el Fundador junto con su ángel de la guarda y los de aquella Orden Religiosa se agrupan según ciertos designios de Dios para ampararla.

Así comprendemos que exista un juego interior en las preferencias de la personalidad de una persona llamada a patrocinar una familia de almas determinada, y que esas preferencias estén en consonancia con las de esa familia de almas.

Archivo Revista



Doña Lucilia conocía y amaba por connaturalidad

Dicho esto, ¿cómo eran las preferencias de Doña Lucilia?

Mi madre tenía una inteligencia y una instrucción muy comunes, propias a las señoras de sociedad de su tiempo. Sin embargo, ella tenía una riqueza de alma muy grande, procedente del amor y del conocimiento de las cosas por connaturalidad, por medio de la cual su inteligencia y afecto abarcaban un campo muy vasto.

Ella discernía en las almas de los otros pueblos y naciones aquello que podía ser visto como sutil, refinado y, por eso, despertando en ella una forma de afectividad más penetrante, más sutil, que se transformaba en cariño, en deseo de sacrificarse, de ayudar y de favorecer, tendiente a ver lo mejor de las personas en aquellos lados por donde estarían especialmente expuestas a sufrir los golpes de la brutalidad, de la maldad, de la dureza y de la crueldad humana, en todos sus aspectos.

Sin duda, quien tiene lados de alma tiernos, preciosos, más desarrollados y diferenciados, sufre más con los golpes que recibe y está más suje-

ta a brutalidades inopinadas porque, por su bondad, es normalmente desarmada y, en consecuencia, necesita de un auxilio.

Entonces, tomando como ejemplo a Francia, yo analicé mucho el alma de mi madre y las reacciones de su espíritu en lo referente a esa nación, y percibí que ella sentía, por connaturalidad, que Francia tenía y representaba —en el horizonte de ella y, bajo cierto aspecto, del mundo también— una cosa que tenía el mayor valor: era la delicadeza de sentimientos. Y al poner esos lados de la dulzura

del alma humana muy en evidencia, Francia creaba una convivencia y un tipo humano que alcanzaba, bajo cierto punto de vista, su perfección.

A la par de eso estaba el sentido de la medida, de la cordialidad, de la suavidad y del *charme* que tanto se elogian en el espíritu francés. A propósito, mi madre era muy sensible al *charme*, el cual ejercía un papel enorme en su vida. En lo que podía caber en una señora de noventa y dos años de edad, ella tenía mucho *charme*.

Por ejemplo, los álbumes con fotografías de las joyas de Fabergé. Aunque Fabergé no fuese directamente francés, sino solo descendiente muy remoto de protestantes franceses asentados en Dinamarca, algo de sangre francesa quedó en él y se imprimió en su arte. Yo tengo la certeza de que, si Doña Lucilia conociese los álbumes de Fabergé, vería en ellos una expresión de algo que debería estar en todas las almas, para el bien de todos los pueblos, y en Francia vino a la luz para el bien del género humano entero y este debería hacer, frente a esa nación, lo que ella hacía: admirar, dejarse penetrar y modelar por aquello.

Frédéric Gadmer (CC3.0)



Escenas de la Primera Guerra Mundial

En ese sentido, ella interpretaba la ofensiva alemana contra Francia como la agresión de la brutalidad militarista contra el *charme* francés. Un poco antes de la I Guerra Mundial, mi madre conoció la Alemania de los cascos de acero, ya toda tendiente a la ofensiva contra la *douce France*, icoso que no podía ser, era un crimen como el de matar a la humanidad! Además, algunos alemanes habían sido muy brutos con ella, de un modo inimaginable, inclusive los médicos y enfermeros que la trataron durante su convalecencia en esa nación.

Como consecuencia de la operación, mi madre también quedó limitada en su desplazamiento y, durante algún tiempo, para no permanecer en el hotel, usaba la silla de ruedas y salía con la familia a contemplar el Rin, a ver esto o aquello, pues le hacía mucho bien, y las personas que pasaban por la calle paraban y se reían al verla en esa situación. ¡Es algo inimaginable!

Me acuerdo también de un hecho, comentado en otras ocasiones, de la sopa de sesos que ella fue obligada a tomar y casi se murió por la alergia que tenía. Ahora, todo eso mezclado con la noticia de que el Káiser quería invadir el territorio brasileño, e incluso otras cosas, le daban una noción de mucha dureza de alma. Fue un viaje infeliz. Aquello quedó tan radicado en su espíritu, que nunca



María Antonieta y Luis XVI – Palacio de Versalles

consiguió quitarse esa idea, no hubo remedio.

Entonces, Doña Lucilia acompañó la Guerra Mundial bajo ese prisma, casi de Cruzada, a favor de la delicadeza humana contra la brutalidad. ¿Eso era un apego? ¡No! Esa era la connaturalidad de sus altas cualidades y del modo superior con que ella veía las cosas. Y creo que la Providencia la modeló para ser así.

De la misma forma, mi madre tuvo mucha pena y toda especie de solidaridad por Luis XVI y María Anto-

nieta, pero, sobre todo, ella veía en las monarquías y en las aristocracias el lado *raffiné*, el lado amable, bondadoso y cortés, mientras en el partido del Terror ella constataba el lado bruto, sanguinario y estúpido. Era, una vez más, la ferocidad humana naciendo bajo otro aspecto, el igualitario, más execrable aún que la mera dureza del alma alemana.

Mi madre tenía, por lo tanto, horror a aquellos que quebraron el Antiguo Régimen, en el cual ella no veía un régimen de opresión, sino, por el contrario, de la *douceur de vivre*, del refinamiento. ¡Y tenía toda la razón!

Diversas naciones comprendidas bajo la mirada luciliana

Ante la fuerza de España, del garbo y de la gracia española, en que ella podía ver algo de contundente, mi madre no tenía la misma reacción que frente a la brutalidad arriba mencionada. Ella sabía ver el lado heroico, batallador, garboso, y le gustaba mucho, comentaba más de una vez, le parecían interesantes las costumbres regionales españolas y cosas de ese género; sin insistencia,





sin mucha rigidez, pero era francamente muy receptiva.

Por Portugal, mi madre tenía una gran propensión, pero afrancesada; es decir, destilando el labriego de pie en el suelo, del cual sonreía como de un oso grande, bueno en el fondo. Ella apreciaba la cultura portuguesa, la Torre de Belém, los aspectos dulces del alma portuguesa, sintiéndolos, por algún lado, enteramente armónicos con el alma francesa. Además, para Doña Lucilia había una riqueza de esa afectividad en el portugués que, así, nunca la vi elogiar en Francia.

Yo no sé si ella sabía hacer esa distinción, pero eso afloraba especialmente en el modo de ella ser brasileña. En efecto, Portugal era una especie de tintura madre de Brasil, de donde venía todo eso como de una naciente, pero aquí terminó desarrollándose mucho más. Se entiende, entonces, el gusto y la protección de Doña Lucilia por Portugal; hasta diríamos que era una protección un poquito sonriente y compasiva, tomando en consideración el enorme modelo de Francia.

En materia de trajes, mi madre era pormenorizadísima, exigentísima. La moda francesa, por ejemplo, es muy rigurosa y exige los últimos pormenores. Mi madre tenía esa exigencia llena de bondad, sin jansenismo ni maldad, porque veía en aquel amor al primor y a la perfección un deseo de hacerse agradable. Como una dueña de casa que exige a la co-

Archivo Revista



El Dr. Antonio Ribeiro dos Santos,
padre de Doña Lucilia

cinera todo el cuidado en la elaboración de cierta receta, para recibir perfectamente bien a los huéspedes.

En su desvelo hacia nosotros, cuando éramos aún pequeños, mi madre a veces nos hacía juguetes. Ella pasaba hasta las dos o tres de la mañana pintando figuritas de papel y cosas así, con esmeros y cuidados únicos. Cierta vez mandó a hacer para Rosée, donde un carpintero, una casa de muñecas toda idealizada por ella, con primores de detalles, un pequeño mobiliario comprado en casas de juguetes, cortinitas, todo con un estilo enteramente afín.

Noten cómo de toda esa exigencia manaba afecto; era hecha con dulzura, para producir dulzura. Incluso ahí entraba la *douceur de vivre*.

¿Cómo veía mi madre la relación entre Francia y la Iglesia? Me da la impresión de que ese problema nunca se puso para ella con esa claridad, pero la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y todo lo entrañadamente católico en su alma, se daba porque ella sentía, por connaturalidad, el océano superlativo y trascendente de todo lo que ella amaba en Francia, del mismo modo como lo sentía en el Sagrado Corazón de Jesús y en la Iglesia Católica; de ahí su enorme afecto por la Iglesia, al punto de serle imposible imaginar cómo podía ser una vida o un alma fuera de la Santa Iglesia; iera algo inconcebible!

Esas cosas no se ponían para ella así tan claramente, pues, en general, almas como la de mi madre no son muy explicitadoras, pero se comunican, sobre todo, por connaturalidad más que por explicitación. Por ejemplo, su modo de hablar y sus inflexiones de voz contenían definiciones que ella no sabría explicitar, pero estaban en su naturaleza, iluminada por la gracia, y todo eso era transmitido muy ordenadamente.



Bondad brasileña que imperaba en el alma

Mi madre era brasileña de la siguiente manera: el padrón del brasileño, para ella, era su padre, además de ser el padrón del hombre justo, según Nuestro Señor Jesucristo, virtuoso y bueno. Mi madre tenía para con él un encanto, una confianza y una admiración total.

En su padre, Doña Lucilia realzaba ciertos aspectos muy varoniles, únicamente como moldura, pues resaltaba con más énfasis esa bondad de alma, de la cual ella contaba hechos insignes. Para mi madre, la nación brasileña entera era así, y él era, por lo tanto, el caso más característico y agudo de personas que había a borbotones en Brasil; personas como

él eran desinteresadas, de vistas largas, amenas, generosas y tenían un mecanismo de interrelaciones psicológicas colosal, abierto para todos los países del mundo, más que Francia. A propósito, en ese punto, mi madre tenía cierta restricción con Francia, pues le parecía la actitud de esa nación, en relación con los demás países, un tanto mezquina y ácida, la cual se acentuó con el paso del tiempo.

Ahora bien, de un modo vago, Doña Lucilia veía un futuro medio misterioso, providencial y enorme para Brasil, que se medía igualmente por la homogeneidad de la fe, por la inmensidad del territorio, por lo misterioso de las florestas y de los ríos. Y en todo ese conjunto, ella sentía que esa forma de bondad –superlativa aquí, más que en cualquier otro país– era la gran cualidad humana e, inclusive, la gran cualidad religiosa.

Ahí está la explicación de la psicología de ella. Y me da la impresión de que es enteramente conforme a la Moral y a la Doctrina Católica, vista en sus ángulos más amplios.

En lo que dice respecto a mí, mi madre percibía que había una consonancia en ese punto, ya desde mi infancia, por el cariño que yo le tenía. Yo nací muy débil, y ella hizo esfuerzos no sé de qué tamaño para hacerme robusto y darme salud. ¡Lo que ella hizo fue simplemente colosal! Y ella sentía la plenitud con que yo correspondía a eso.

Inclusive, delante de mis actitudes polémicas con relación a parientes que ella estaba habituada a ad-

mirar, a ella le gustaba mucho verme defender la Religión. Con eso, me parecía que yo completaba su alma, habituándola a admirar esa combatividad.

Infelizmente, a veces hay entre nosotros frialdades, reservas, emulaciones y ausencias de perdón, omisiones, etc., con las cuales nos endurecemos y nuestra convivencia se vuelve lo que no debería ser. Además, la tibieza es, en parte causa y en parte efecto de eso. No se puede negar.

Ahora bien, toda la acción de Doña Lucilia sobre las almas es tratarlas con esa bondad, con el fin de que se vuelvan buenas entre sí. Además, las gracias que mi madre obtiene y el efecto de su presencia espiritual sobre nosotros van continuamente en esa dirección. No hay un minuto en que ella no transmita ese mensaje. ♦

(Extraído de conferencia del 18/1/1986)



El Dr. Plinio en 1986



La Asunción de María: triunfo de Dios, gloria de la Creación

Los hombres a menudo realizan magníficas y triunfales ceremonias para celebrar a sus héroes. De modo super excelente, por ocasión de la Asunción, Nuestro Señor Jesucristo preparó para su Madre momentos de gloria inimaginable.

La Asunción de Nuestra Señora fue elevada a la categoría de dogma por el Papa Pío XII hace pocos años. Este dogma ha sido ardientemente deseado por las almas católicas del mundo entero, por ser una afirmación más sobre Ella que la coloca fuera de paralelo con cualquier otra mera criatura, justificando el culto de hiperdulía que la Iglesia le rinde.

Suave muerte seguida de la resurrección

Nuestra Señora, después de una muerte muy suave, expresada en un lenguaje muy bello por los autores como la “dormición”, para indicar que, aunque era una verdadera muerte, parecía sin embargo más bien un simple sueño, Ella después de la muerte, resucitó como Nues-

tro Señor Jesucristo. Fue llamada a la vida por Dios y ascendió después a los cielos en presencia de todos los Apóstoles allí reunidos, y de un gran número de fieles.

La Asunción representa para la Santísima Virgen una verdadera glorificación a los ojos de toda la humanidad hasta el fin del mundo, y el premio que debería recibir en el Cielo.

Momento sublime, espectáculo incomparable

Sería interesante si pudiéramos hacer una recomposición del lugar para imaginar, a nuestra manera y según nuestra piedad, cómo se llevó a cabo la Asunción, ya que no hay descripciones al respecto, y existen una multitud de aspectos que podrían ser representados.

Nuestra Señora subiendo y, abajo, los Apóstoles arrodillados, orando, con algo de inefablemente noble, sublime, recogido, interior; todos ellos con las expresiones de los personajes de Fray Angélico. Arriba, el cielo llenándose gradualmente de ángeles, también a la manera de Fray Angélico. El cielo material adquiriendo los más diversos colores, con matices, irradiaciones magníficas, de tal manera que presenta un espectáculo absolutamente incomparable.

Si Nuestra Señora logró dar al cielo un colorido tan magnífico y diverso, y producir fenómenos tan excepcionales en Fátima, ¿por qué no pudo suceder lo mismo por ocasión de su Asunción al Cielo?

Ella está de pie en oración; el respeto y el recogimiento se apoderan de todos los que la rodean; su semejanza física con Nuestro Señor Jesucristo crece y se hace cada vez más pronunciada.



Asunción de la Santísima Virgen - Basílica Santa María del Popolo, Roma



Virgen del Tránsito - Basílica de Santa María, la Mayor, Morella, España

La gloria de Nuestro Señor transfigurado se le va comunicando, cada vez más Reina, cada vez más majestuosa, cada vez más Madre también. Toda su intimidad manifestándose de manera suprema en esta hora de despedida. Se acercan unos ángeles, tal vez los más espléndidos del Cielo, y acompañan a Nuestra Señora. Ella va subiendo...

Poco a poco el cielo se va transformando, esa maravilla va cambiando. La tierra vuelve a su aspecto primitivo, los hombres vuelven a sus hogares con la sensación que tuvieron después de la Ascensión de Nuestro Señor: al mismo tiempo asombrados



DE MARIA NUNQUAM SATIS

y con una añoranza sin nombre; desolados por un lado, pero llevando en su retina algo que nunca habían visto, ni podrían haber imaginado a respecto de Nuestra Señora.

Es imposible pensar en este triunfo terrenal sin pensar en el celestial que vino poco después.

La gloria de la Reina, preludio del Reino de María

¡El triunfo de Nuestra Señora comienza en el Cielo! Toda la Iglesia Gloriosa la recibirá, todos los coros de los ángeles, San José, Nuestro Señor Jesucristo la acogen, es coronada por la Santísima Trinidad.

Es la glorificación de Nuestra Señora a los ojos de toda la Iglesia Triunfante y Militante. Ciertamente en este día la Iglesia Padeciente tuvo

una efusión de gracias extraordinarias, y no es temerario pensar que casi todas las almas del Purgatorio hayan sido liberadas por Ella. De modo que allí también hubo una gran alegría. Así podemos imaginar cómo era la gloria de Nuestra Reina.

Algo de esto se repetirá, creo, cuando venga el Reino de María.

En el momento en que el mundo este transformado y la gloria de Nuestra Señora brille sobre la tierra, habrá comenzado su reinado de un modo eficaz, y los maravillosos días de gracia, como nunca hubo antes, comenzarán a ser anunciados.

Antes de contemplar la gloria de Nuestra Señora en el cielo, habremos de contemplarla en la tierra, seguramente con algo que podrá darnos, con esta o aquella analogía, con alguna semejanza de ese triunfo sin nombre

que debió haber sido, incluso a los ojos de los hombres, la gloria de María.

Hubo triunfos que los hombres prepararon para sus grandes batalladores, por ejemplo, cuando las tropas francesas, que derrotaron a los alemanes, desfilaron bajo el Arco del Triunfo después de la Guerra de 1914-1918. Cuando pensamos en el triunfo preparado para MacArthur¹; en tantos triunfos que los romanos prepararon para sus generales victoriosos. Por lo tanto, debemos entender que Nuestro Señor Jesucristo, que es infinitamente más generoso, debe haber recompensado a Nuestra Señora, en su triunfo a los ojos de los hombres, de una manera inconmensurablemente mayor, y que debió haber todo lo que puede existir de más glorioso y triunfal en esta hora de la Asunción de Nuestra Señora.

El sentido de gloria de María

Meditando sobre esto, nos acercamos a la fiesta de la Asunción, pensando en qué virtud debemos pedir a la Virgen. Por supuesto, todo el mundo debería pedir la que más carece. Pero no sería exagerado pedirle una virtud específica: el sentido de su gloria, para comprender bien todo lo que representa su gloria en el orden de la creación, y hasta qué punto ésta es la más alta expresión creada de la gloria de Dios. Debemos estar sedientos en afirmar y defender –por una virtud de combatividad llevada a su último extremo–, la gloria de Nuestra Señora en la tierra.

Que nos haga verdaderos caballeros, verdaderos cruzados de ella, luchando por su gloria en la tierra. Esta me parece la virtud más apropiada para pedir en esta fiesta de gloria, que es la Asunción de Nuestra Señora. ❖

(Conferencia del 14/8/1964)

1) Douglas MacArthur, militar estadounidense (*1880 - †1964) que desempeñó un papel destacado durante la Segunda Guerra Mundial.



Coronación de la Virgen – Galería Nacional de Londres



Familia. Galería de Arte de Washington

Suaves alegrías nacidas del dolor, preludio de los gozos celestes

La coexistencia de un modo de gozar la vida sin ningún dolor y de otro modo, de enfrentar el dolor sin ningún gozo de la vida, es lo contrario de la posición católica, la cual hace una composición entre ambas realidades: dolor y gozo de la vida.

La institución de la familia

El problema del dolor, dentro de la perspectiva católica, tiene un colorido completamente diferente al modo como se presenta delante de un hombre cualquiera, que no haya tomado la medida correcta de las cosas para comprender bien el papel del dolor en la vida.

Entremos más a fondo y tomemos la familia, en cuanto institución como lo fue hasta la Revolución Fran-

cesa, y naturalmente, excluyendo la camada más corrupta de la nobleza que ya estaba contagiada por el espíritu de la Revolución.

Los hombres notaban bien el sacrificio que importaba constituir una familia. En castellano, por ejemplo, se llegó a denominar las cadenas que apresan las manos, de esposas... En Francia, un condenado podía ser indultado de la pena de muerte, no de la prisión, si él estuviera dispuesto a casarse con la primera mujer que, al

pie de la horca, se presentase allí y quisiese casarse con él. Es decir, se percibía que el matrimonio, al lado de un remedio contra la concupiscencia, traía cargas fortísimas y responsabilidades serias.

Cargas y consolaciones dentro de la vida familiar

La relación entre padres e hijos en el *Ancien Régime*, se daba así: los hijos sentían pesar sobre sí la autoridad



paterna y, por otro lado, grande era la dedicación que pesaba sobre los padres en la formación de los hijos.

En el tiempo en que la familia era una institución de personas íntegras, se referían a ella cuando querían hablar del ambiente por excelencia en el cual el hombre se sentía bien, albergado y adecuado, y para el cual cada uno se sentía hecho.

Se equivocaría completamente quien diera el siguiente cuadro: “Usted va a constituir una familia. Note que es un lugar de... Usted va hacia la prueba, los tormentos y las renunciaciones. Usted va a tener que hacer esto, hacer aquello, etc. Vamos a ver si usted aguanta...”

Quien así hablara, mentiría. Todos tenemos nuestras familias, a pesar de no ser casados. Sin embargo, nunca aceptaríamos esta afirmación como válida, porque es un desfiguramiento. Excepción hecha para aquellos llamados a una vocación religiosa, la familia es propiamente el lugar de consolación del hombre.

La vida familiar trae consigo sufrimientos muy grandes, muy serios, e implica renunciaciones en dos líneas: de las cosas nocivas de una vida libre en el mundo; y de las cosas legítimas a

las cuales el individuo es obligado a renunciar. Para aguantar bien los pesos, es preciso ser sensible y medir bien las consolaciones que la vida de familia también trae consigo, porque sólo entonces ella se tornará verdaderamente lo que debe ser.

La posición jansenista delante de la institución de la familia es lo opuesto a esto: “Yo me casé realmente para mortificarme y voy a aguantar como sea...”

Esto es una forma de degeneración psicológica y moral, por la cual el hombre pierde la capacidad de fruir las dulzuras de la familia, y las cosas comienzan a parecerle insípidas, vanas. De ahí surge el deseo de huir, pues la compañía de la concubina le parece más viva, más animada, más entretenida. En una palabra, ella le parece más atrayente que la esposa, y llega a formar la ilusión de que ella le quiere más. Esta concepción hace maridos y mujeres infieles, hijos que abandonan a los padres, y de ahí en adelante.

Noción del deber en la vieja tradición

Conocí a un señor que se había casado movido por el fuego de una pa-

sión romántica, de las más desbandadas. Sin embargo, para sorpresa mía, la pasión romántica en vez de hacer del matrimonio una aventura efímera, acabó despertando en su espíritu un respeto y un afecto durable a la mujer, porque tuvieron muchos hijos.

Él me contó que un día estaba conversando con su concubina y ella le preguntó:

— ¿Quién te gusta más: yo o tu mujer?

El quedó tan pasmado con la pregunta, que en un primer momento ni siquiera supo qué responder, dijo a ella algo así:

— Pero, ¿qué te pasa? ¡Me gusta mucho más ella!

— Entonces, ¿qué es lo que estás haciendo aquí?!

— ¡El defecto es mío y no de ella!

Yo quiero mostrar lo que es un hombre de la vieja tradición, que comprendió lo que es tener hijos, lo que es tener una esposa, y a pesar de ser grande y brutalmente infiel a la esposa —y yo sospecho que la esposa supo de eso ampliamente y resolvió cerrar los ojos—, a pesar de eso, él no hizo paralelo entre las dos; él tenía la riqueza de alma necesaria para dar valor al de-



La lectura – Museo de Bellas Artes, Santiago, Chile

ber de ser esposo bueno, de ser buen padre, pero también la degustación que viene de ahí y que acompaña al cumplimiento del deber.

La “templanza” de la familia rectamente constituida

Hay una degustación puesta por Dios, en la vida familiar ordenada, propia a animar al hombre a ser un buen jefe de familia; si una familia no es capaz de proporcionar esto a los suyos, ella está condenada a la desaparición. Es preciso, por tanto, antes que nada, crear condiciones psicológicas para que esto sea así. Además, debo decir, la primera condición psicológica que yo conozco es no practicar el “maltusianismo”.¹

¿Por qué? Porque cada hijo nuevo que nace es un vínculo más entre los esposos y entre todos los hermanos entre sí. Una familia numerosa es mucho más unida que aquellas ricas, con uno o dos hijos.

A mi ver, cuando una familia es así bien constituida, el ambiente de la casa tiene una levedad especial. Un mueble existente allí, por ejemplo, puede ser rústico, feo, pero genera simpatía mucho más que la elegancia de la riqueza, de la posición social. Eso llena la casa de tal manera, que hasta las propias comidas simples tienen un sabor especial.

Es natural que un individuo quiera saborear un gran plato, de una gran cocina, de un excelente restaurante, pero por excepción, porque él no aguantaría pasar mucho tiempo sin comer los platos de su propia casa.

No es novedad lo que estoy diciendo. Sin embargo, es una cosa sobre la cual no se insiste suficientemente: el papel de esta degustación, para que las



Athanase de Charette, Comandante de los Zuavos Pontificios – Catedral Marie Reine du Monde, Montreal, Canada

personas carguen con alegría los necesarios deberes de la vida familiar. La descripción de la mujer fuerte de las Sagradas Escrituras (Cf. Pr 31, 10ss), ilustra bien esto, una mujer que tiene la casa llena de atracción, de gracia, de simpatía, es una cosa toda especial!

Felicidad del deber cumplido

Otro ejemplo que doy es la vida militar, la cual, obligatoriamente, trae consigo limitaciones de la libertad. Hubo un escritor francés, que escribió un libro sobre la grandeza y la servidumbre militar². Existe realmente una servidumbre en el *métier* militar, es una cosa evidente. Pero si el individuo es capaz de sentir el gusto por la disciplina, por la ascesis militar, por aquella tensión sin nerviosismo con relación a un ideal superior, el gusto de

vivir, por lo tanto, en una clave mayor que las otras y de ser, a este título, superior a los otros; un soldado en estas perspectivas hace del cumplimiento del deber militar un factor de felicidad terrena.

Para eso, es preciso que los jefes militares sepan hacer que los alumnos de la escuela militar sean muy confortados por un ambiente moral y material que proporcione eso, porque, de lo contrario, es inútil imaginar que de la pura ascesis se constituya un gran ejército.

Es necesario que todo se sientan hijos del general, socios con él de la misma gloria. Si el general no da el ejemplo arriesgando su vida, no espere nada de nadie. De otro lado, si él da el ejemplo, icon qué alegría todos caminarán para la muerte!

Hay, por lo tanto, ascesis que nacen del propio sacrificio de un determinado estado de vida, y que son como el aroma de una flor. La

vida es aromática en virtud de las alegrías que nacen de estados de vida cargados y llenos de sufrimientos; pero la alegría existe, y no puede ser vista como una mera alegría del Cielo a ser gozada algún día. Está en el orden de la Providencia que, en esta vida, antes de llegar al Cielo, el hombre tenga alegrías de las cuales debe saber disfrutar, porque son imágenes preparatorias del Cielo.

Espíritu securitario, rechazo de los sufrimientos y de las alegrías

Para dar otro ejemplo, hablemos de un discurso.

Preparar un discurso puede traer mucha preocupación. Podemos estar en la duda sobre lo qué decir o



Gabriel K.



Reclutamiento de votos – Galería de Hamilton, Canada

no decir, un romperse la cabeza antes. No es la hechura del discurso el problema, sino encontrar el prisma por donde presentar el tema. Si nos preocupamos ordenadamente, sin tensiones, haciendo aquello con una aplicación sana, la alegría que viene durante el propio discurso llena una cierta extensión de la vida, sintiendo que él está triunfante y percibiendo el buen fruto que está produciendo, en el término del discurso. Y en el post discurso.

Un espíritu comodista diría: “¿Sabe algo? Yo no quiero constituir una familia, porque hay que tener mucha responsabilidad. No quiero ser militar, porque se corre mucho riesgo. No quiero hacer un discurso, porque puede ser que diga una barbaridad. Sólo quiero aquello que no me incomode”. Este hombre sería el hombre más infeliz de la Tierra, porque forzosamente tendría una serie de cargas, y además de esto, él no tendría las verdaderas alegrías, fuertes, durables, consistentes, que para cierta faja de sufrimiento, Dios pone a lo largo del camino para animar al hombre.

Dos vías, dos destinos: almas épicas o mediocres

Ahora bien, ¿cuál es el papel del espíritu épico dentro de esto?

Lo épico está en el alma humana en dos aspectos. Uno es el que existe para todos: la determinación de cumplir durante la vida entera los Mandamientos. No me refiero a cumplirlos en la perfección, ni en seguir los Consejos Evangélicos; es simplemente cumplir los Mandamientos en muchas ocasiones.

El individuo se encuentra en posiciones verdaderamente épicas, de un épico confinado a las dimensiones de una vida de familia, del alma de este o de aquel hombre; es un épico en que se tienen incertezas, problemas. Situaciones en las cuales él tiene que resolver el peso de ciertos imponderables, y no dispone de ningún consejero que lo pueda orientar; es preciso rezar y solucionar él mismo, dramáticamente, solo, delante de Dios. Él, al final, resuelve el asunto, o en una gran inmolación o en una victoria de otro mundo.

Esto hace que el hombre tenga historia, y a veces, una que nadie conoce. ¿Y esto de qué sirve?

Una cosa es el vacío del viejo sin historia; otra es la dignidad del anciano que pasó por una vida, que soportó situaciones... *¡Inenarrabilia!* Esto se da de modo más marcante en una señora. Pues bien, les queda una luz en las frentes que mirándolas decimos: “¡Cómo querría conocer la historia de este hombre!”

Ahora bien, una situación diferente es aquella en que percibimos el vacío de alguien, y nos preguntamos: “¿Pero este hombre tuvo historia?” Es el recorrido de los hombres mediocres.

En la Divina Comedia, cuando Dante narra su visita al Infierno, en determinado momento pregunta a Virgilio:

—¿Pero quiénes son estos que están al lado de fuera, tan despreciables que ni siquiera el Infierno los acepta?

— Son los que pasaron por la vida “*senza infamia e senza lodo, non ragonam di lor, ma guarda e pasa*”. No vale la pena reflexionar sobre ellos. Solo hay que mirar y pasar.

¡Cómo es diferente cuando estamos delate de alguien que tiene mérito, tiene valor! ¡Nosotros lo reverenciamos! ¿Por qué? ¡Porque entró la epopeya!

Toda la vida particular tiene sus heroísmos, y si no los tuviera, el individuo huyó de lo épico, y por eso, tuvo una vida que no valió nada.

Entonces son dos ideas diferentes: primera es de las alegrías que la práctica de la virtud proporciona, la segunda, de los beneficios que esta alegría produce; ella no genera un espíritu que solo gusta de lo seguro, sino que produce epopeyas; no incita a la revuelta, sino que motiva la sumisión.

Esta, a su vez, forma al héroe.

Es preciso, por tanto, educar a las personas de modo que comprendan el sabor de la vida, y que sepan sacar de ella la alegría debida que sólo la práctica de la virtud trae. Y no sirve venir con argumentos, porque el vicio no da satisfacción.

Luces y cruces en la vida religiosa

Lo que se da en el estado religioso es de una índole superior, y va en sentido contrario a lo que estoy diciendo: el alma abandona todo por amor a Nuestro Señor, en una actitud de desafío a la vida y al mundo. Renuncia a todo y, paradójicamente, comienza a sentir consolaciones, fruiciones. Son de las cosas santamente arbitrarias de Dios.

Ejemplifico con la imagen de Nuestra Señora de las Gracias de una de nuestras casas. Nosotros entramos y somos recibidos por ella que parece sonreír sin sonreír –porque es una imagen–, y por aquel gesto de las ma-

nos, de donde sabemos salen chorros de luz, sentimos que Ella nos hace una promesa de atendimento.

Yo tengo la impresión de que esto son gracias dadas, de un modo o de otro, para todos: entran, y son recibidos por la sonrisa de Nuestra Señora. En mi caso, a veces, voy allá sólo para ver aquella imagen. Pero es curioso lo siguiente: que si yo voy sólo con la intención de ver la imagen, dar una vuelta de automóvil y no entrar, yo tengo la impresión de que la imagen no me sonrío. Por otra parte, ella no sonrío nunca. Me refiero a una gracia a la manera de una sonrisa.

Bien, naturalmente, alguno podría decir: “Pero la vida religiosa, entonces, ¿es un jardín de delicias o es un lugar de torturas?” Y yo respondo: Ni una cosa ni la otra. Sería la pregunta de quien no comprendió nada.

Todos los que van a Roma gustan de ver el Coliseo, entrar cuanto posible en medio de aquellas ruinas, besarlas, porque allí otrora los mártires derramaron su sangre. Ahora bien, éste fue el lugar de delicias para muchos mártires que en la hora del tormento final murieron inundados de consolación y allí tuvieron más delicias que toda la corte romana. Otros, sin embargo, murieron en la aridez...es la mano de la Providencia que tiene para cada alma su camino.

Lo que acentúo es que para cada camino, por difícil que sea, sin mayores consolaciones, hay siempre una cierta forma de fuerza que alienta, y sin la cual los que piensan en la cruz cargada en seco no aguantan; a mi ver, esto hace el desánimo de la vida religiosa, de la vida de perfección.

Caso característico es Santa Teresita del Niño Jesús. La Pequeña Vía y aquella aridez continua. Pues

bien, al final de una aridez terrible, en la hora más dolorosa cuando el alma se separa del cuerpo, en este momento, ella se irguió de la cama llena de alegría, porque sentía condensadas las alegrías que ella no tuvo durante mucho tiempo en esta vida; ¡ella entraría en la luz del Cielo! ❖

(Conferencia del 6/12/1986)



Religiosas – Museo de Jaen, España

1) Referente a la teoría del economista británico del siglo XVII, Thomas Robert Malthus, el cual defiende el control del crecimiento poblacional para evitar probable riesgo de abastecimiento alimenticio.

2) *Servitude et grandeur militaire*, de autoría de Alfred de Vigny, 1835.

3) Alighieri, Dante. La Divina Commedia. Canto III dell'Inferno, v.51.



El papel de los trascendentales en la Lucha contra la Revolución - I

En el fondo de la naturaleza humana hay un clamor continuo, que se hace sentir claramente como una exigencia primera de la naturaleza, por la verdad, a partir de la que el hombre busca el bien y lo bello, llegando a Dios, la Verdad, el Bien y la Belleza, Creador de todas las cosas.

Para darnos bien cuenta de lo que significa la verdad, el bien y lo bello, además de entender la razón por la cual nosotros debemos adherirnos a esto, y el por qué debemos amar una cosa y detestar otra, necesitamos tomar algunos casos concretos de la vida de todos los días y, a partir de esto, profundizar en las nociones que queremos tener claras en nuestras almas.

La verdad, primera exigencia de la naturaleza humana

Imaginen que un joven entrara al consultorio de un oculista. Al verlo, percibe que el pobre es bizco y por eso no puede ver bien.

El médico pregunta: “¿Qué le pasó para estar así?” El joven dirá, por ejemplo, que sufrió un accidente en el que recibió un golpe en los ojos. El profesional se compadece de él, es necesario tratarlo y hacer que sus ojos converjan para presentar una so-

la imagen, pues, de aquella manera, ve de modo errado. Receta los remedios necesarios, indica anteojos. Con las gafas el joven comienza a ver bien.

Ahora, al quitarse los lentes, el paciente se da cuenta que está viendo todo torcido de nuevo. Él pregunta al médico: “¿Cuál es la ventaja de ver todo arreglado, haciendo que mis ojos estén bien y me presenten una sola imagen?” El médico pensará sorprendido consigo mismo: “Esto es mucho más grave; ¡el mal que tiene no está en la vista, sino en la cabeza! ¡Este joven no comprende la ventaja de la verdad! Los hombres tienen dos ojos para captar más enteramente la realidad. Cuando los dos funcionan bien, de ahí resulta una imagen única, y tanto como está en la naturaleza humana, una imagen completa: ¡la verdad sobre las cosas!”

En efecto, la persona no puede estar contenta con la imagen

deformada que le presentan sus ojos, porque en el fondo de la naturaleza humana hay un clamor por la verdad.

Desde el momento en que no veo bien, hay un malestar en mí, porque mi inteligencia indica que las cosas son de un modo y mis sentidos obliterados sugieren lo contrario. Me siento entonces en conflicto, en riesgo de tropezar, de tomar un camino equivocado, o hacer cualquier locura. Así, no me las arreglo. Si no conozco bien la verdad, ¿cuál es el norte de mi vida? ¡No lo hay!



Así que tengo que resolver esto, porque si no, no podré vivir.

La verdad se presenta a los borbotones, claramente, como una exigencia primera de la naturaleza. Por eso mismo, cuando los hombres tienen los sentidos funcionando bien, encuentran en ello un elemento precioso de salud. Si la vista, los oídos, el gusto, el olfato y el tacto son buenos, el hombre tiene todas las noticias verdaderas del exterior. Cada uno de los sentidos da un aspecto de la realidad total que, después, se compone por la inteligencia.

El conocimiento de la verdad trae consigo la idea de armonía

Por ejemplo, cuando alguien va a un bosque y ve en él árboles hermosos, o contempla los rayos de luz que penetran allí, o siente el perfume de la vegetación, de la naturaleza sana o de algunas hierbas producidas por el suelo, las cuales tienen un efecto delicioso sobre el olfato, reflexiona consigo mismo: “¡Oh! ¡Qué cosa tan agradable!” Cantan los pajaritos y se encanta con ellos. Después, pasa la mano por un madero y nota que es de un tacto casi sedoso, y piensa: “¡Qué árbol agradable! Hermosa no solo por sus frutos y flores, sino también por su propia leña. ¡Qué maravilla!” Más adelante ve una fruta pendiente y la prueba: “¡Oh! ¡Qué sabor! ¡Qué delicia!”

En resumen, el bosque da una imagen de sí mismo que es una. El espíritu compone la idea de bosque, no solo por los árboles, ni solo por los frutos, las hierbas, los pajaritos o la luz, sino que es un conjunto formado por todo aquello.

La persona comprende, por la inteligencia, que aquellas cosas fueron hechas para constituir una armonía, la

cual se llama bosque y posee una especie de fisonomía que se torna atractiva, porque mostró sobre ella la verdad.

La persona puede decir, por ejemplo: “¡Qué lindo bosque!” O: “¡Qué bosque tan bonito!” Como también podría decir de una persona: “¡Qué linda persona!” O: “¡Qué persona tan simpática!”

El bosque puede tomar para quien lo contempla, algo a la manera de una fisonomía, de una persona, a causa de un todo que entró por los sentidos. Los cinco sentidos comunicaron aspectos diversos del bosque, pero armónicos. La persona, por los sentidos, conoció verdades sobre el bosque, y con esas verdades conocidas, construyó una noción de orden superior. Un animal podría ver la misma cosa, sin embargo, sería incapaz de formular un razonamiento como el hombre, que recibió nociones verdaderas a través de los sentidos bien constituidos, captó los sonidos, vio las figuras, olió o respiró los ambientes y finalmente dijo:

“¡Bosque!”; el cual corresponde a una verdad de orden superior que

afirma que todos aquellos elementos están unidos por una disposición interna que constituyen una unidad.

“¡Qué bosque hermoso! ¡Está hecho para mí! ¡Me agrada, deleita, encanta, atrae, descansa, eleva mi espíritu a consideraciones más altas!” Piensa un poco más y concluye: ¡Bosque es una sinfonía, un concierto! Son los pájaros, los vientos, las brisas los que hacen su música. Pero no es solo eso, es una música de realidades superiores. Hay una armonía entre el árbol y el río que corre dentro del bosque, o entre las hierbas que se inclinan sobre el riachuelo y las flores, junto con los grandes árboles que se elevan. Todo este conjunto hace de este bosque un verdadero encanto: ¡esto es una sinfonía!”

La ordenación de las cosas y la búsqueda del bien

Un concierto solo puede existir habiendo un maestro. Entonces, cuál es el maestro que ordenó esa sinfonía.

¿Cuándo la ordenó? ¡Alguien dirá: “Es el azar...” ¡¿El azar?! ¡Yo





quiero ver cuál es la capacidad del azar! Si suelto a un pobre ciego por la calle, caminando con su bastón buscando el camino, si después de mucho girar él encuentra el camino de su casa, ¿eso es el azar? ¡Qué trabajo duro, qué error! O, si yo tiro, de repente, una piedra del piso en que estoy y ésta cae en quien caiga, e hiere a alguien: “Es fruto del azar” ¡Cuánta locura puede hacer el azar!

¿Fue la casualidad la que hizo este bosque? ¿Cuántos bosques hay en el mundo? ¿Y cuántos hubo que el hombre derribó? Entonces, ¿todas ellos son hijos del azar? ¡No lo creo! ¿Por qué? ¡Porque el azar puede funcionar una vez entre mil, pero una serie de accidentes que siempre salen bien y producen cosas maravillosas, eso es imposible!

Hay algo por detrás... ¿Hace cuánto tiempo el director de la orquesta hizo el bosque? ¡Tal vez hace mil años! Ciertamente, durante ese milenio se fueron reproduciendo y perpetuando, en ese mismo lugar, árboles análogos con el mismo río y la misma hierba. Los pájaros son los descendientes remotos de los pájaros de hace mil años. Las encantadoras flo-

res, que me complace ver, mezcladas en medio del césped, son las continuadoras de las primeras que una vez aquí sonrieron. ¿Cómo es eso?

Y, sobre todo, otra pregunta nace en mi espíritu: ¿Poner en orden es un bien? ¿Por qué? Porque cada cosa dentro del bosque ayuda a la otra a existir. Si no existieran los árboles con sus sombras, el río se secaría. Si éste se seicara, la hierba moriría. Si el río y la hierba muriesen, las flores también perecerían. Sin los árboles, los pajaritos no tendrían donde posarse; no teniendo donde posarse, no tendrían donde cantar. Por un lado, la hierba conserva la humedad de la tierra y alimenta las raíces. Por otro, el agua de ese riachuelo humedece el ambiente y alimenta las florecillas. Estas, a su vez, atraen a los pájaros; y los pájaros que cantan, beben del río y gorjean de una manera encantadora, después de haber bebido. Y de ahí por delante. Hay un engranaje maravilloso que hace que todo sea bueno en el siguiente sentido: cada cosa actúa de acuerdo con su naturaleza, y cada cosa ayuda a la otra, también, a existir de acuerdo con su naturaleza.

Del conocimiento del “unum” se tiene la idea de Dios

El pajarito, tan vivo y alegre, tan equilibrado en su peso, vuela al primer *élan* (impulso). El hombre, sin embargo, tarda ocho mil años para volar por primera vez... El hombre mira encantado al pájaro y piensa: “¡Ah! Si pudiera volar”. Luego mira el río y de repente ve una cosa plateada que se mueve: “Es un pececito”. Él piensa: “Si pudiera vivir en el agua, ¡qué maravilla sería! Sin embargo, me fue dado entender, a través del pececito, del pajarito, de la florecilla o de mil cosas, que hay otras vidas que nunca tendré, pero me gustaría vivir. Y aun cuando sepa nadar o saltar, sepa meterme en un avión y volar, nunca tendré la felicidad del pájaro, ni el bienestar del pececillo.”

¿Qué diría una avecilla levantando vuelo delante del lujo de uno de los mayores potentados en esta Tierra? “Tú puedes mucha cosa y yo puedo otra... Los aires son míos, gratuitamente míos y para mí. En los espacios por donde tú caminas, sueltas tu respiración contaminada; ¡en este espacio yo vuelo mucho más alto y rasgo este cielo azul que tú miras y no consigues rasgar! ¡Hay mil vidas posibles, oh hombre, que no son para ti!”

El hombre podría dar la siguiente respuesta: “¡Es verdad! Pero yo tengo algo por lo que soy más que tú. No entiendes la vida que llevas y ni siquiera sabes que existes.

“¡Tú no tienes inteligencia! Yo la tengo y por lo tanto entiendo lo que tú no comprendes: ¡tu vida!” A lo que el pájaro también podría responder: “Yo no comprendo tu vida y por eso no echo de menos nada. Tú comprendes la mía y ¿no echas de menos el volar?”

¿Es o no es verdad que, si un hombre hablara así con un pájaro mítico, no tendría ganas de agarrarlo atraparlo? “Está bien, lo tienes todo eso



Daniel A.

y yo no lo tengo. ¡Yo te agarro!” Con certeza, el pájaro diría: “Brutazo, tú no tienes mi finura!” y alzaba nuevamente vuelo hacia el cielo.

El hombre comprende que, con relación al pájaro, él es un rey. Pero, por otro lado, es un monarca derrotado que necesita recuperar su superioridad. Se sienta, entonces, sobre una piedra amiga y comienza a pensar: “¿Quién hizo ese pájaro? ¿Quién hizo esta piedra en forma de banco, esperando, hace diez o veinte mil años, el día en que yo viniera a sentarme en ella para pensar un poco? ¿Quién hizo al primer hombre, la primera pareja de la que desciendo? ¿Quién hizo todas las cosas? ¿Quién es el Autor, no solo de esta armonía, sino del pájaro, del pez, de la realidad? ¿Quién fue? ¿Fueron varios autores?”

¿Se imaginan que varias empresas de ingeniería construyeran un edificio al mismo tiempo cada una por su lado? ¡Aunque fueran las mejores del mundo, cuánta pelea saldría, cuánto desorden! ¡Hay obras que admiten un solo autor! ¿Quién y cómo es ese Uno? ¿Cómo es la inteligencia y el poder de Él para haber hecho todo esto? Él sacó todo esto de la nada. ¿Qué significa la palabra hacer? Hubo un momento en que esas cosas no existían y en un instante él dijo: “¡Hágase!” ¡Y ellas comenzaron a existir!

Recuerdo, a este respecto, un proverbio chino que dice: “Si un hombre no escribió un libro, no plantó un árbol o no tuvo un hijo, ¡no vivió!” Ese hombre no fue causa de nada en su vida. ¡Y quien no es causa de nada, no vivió! Hay una cierta exageración poética oriental, pero cuánta verdad hay dentro de eso.

Entonces, al colocarnos ante el Ser-Dios, Autor de todas las cosas, imaginamos haber llegado al fin de nuestras elucubraciones: “¡Qué cosa enorme, colosal! ¡Es muy poderoso! ¡Oh, Dios!”



El Dr. Plinio en enero de 1985

El hombre: ser racional y contingente

Después de haber construido esa imagen verdadera de Dios, el espíritu es llevado a pensar: “Este Dios tan perfecto, infinito, que hizo todo eso, me creó, me dio un alma inmortal y la infundió en el cuerpo que mis padres generaron, me constituyó el rey de todas las cosas, es bien verdad. Sin embargo, también me hizo débil ¡Qué frágil soy! Puedo enfermarme en cualquier momento o, de repente, cae una rama sobre mi cabeza y con eso me muero; puede que venga una tormenta, me coja en un mal momento y me enferme. ¡Cuánto me puede destruir! Al mismo tiempo me siento inmenso como un rey y pequeño como un gusano.

“El Creador colocó un ser en el ápice de las obras: el hombre. Realmente una obra maestra, porque tiene inteligencia y voluntad. Los demás seres no inteligentes son incapaces de querer. Ignoran quién los creó. ¡Yo no!; del ápice, que es mi pensamiento, ¡veo salir el sol, que es Dios!

“Sin embargo, se aplica al hombre la expresión francesa: *tout passe, tout casse, tout lasse et tout se remplace...* Todo pasa, todo se rompe, todo cansa

y, al final, todo se sustituye. En cierto momento, también habré pasado y mi cuerpo va a yacer en un cementerio, y mi cadáver no servirá para nada. Estas o aquellas personas se cansaron de mi compañía como yo me cansé de su compañía. Todo es efímero, pasa y se sustituye continuamente.

“Oh Dios, ¿por qué hiciste algo así? Mis ojos se vuelven hacia el pez o hacia el pájaro. ¿Por qué me habéis dado a conocer esas vidas posibles en otros, que nunca viviré? ¿Para que yo desee lo que nunca tendré? ¡Dios mío, qué enigma soy para mí mismo! Hasta me atrevo a decir: Dios mío, sois para mí, al mismo tiempo, una maravilla y un misterio. ¿Por qué me has dado tanto: ser todo cuanto es ser hombre? ¿Y por qué me has dado tan poco, haciéndome ser sino solo un hombre? Todo esto me lleva al pináculo del razonamiento y del misterio”.

¡Oh! ¡Qué bello y noble es el hombre, por su razón, llegar a ese pico, resolverlo y ordenarlo! ¿Cómo lo consigue? Por la verdad, por el bien y por la belleza. ❖

(Continúa en el próximo número)
(Extraído de conferencia del 19/1/1985)



SANTORAL

1. San Alfonso María de Ligorio, obispo y Doctor de la Iglesia (+1787).

Beata Adelhéidis Mardosewicz (María Estela del Santísimo Sacramento), virgen y mártir (+1943). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret, fusilada juntamente con otras diez religiosas de la misma congregación, por los enemigos de la Fe, en Nowogródek, Polonia.

2. San Pedro Julián Eymard, presbítero (+1868).

Beata Juana de Aza, laica (+s. XI-II). Madre de Santo Domingo de Guzmán.

3. Beato Salvador Ferrandis Seguí, presbítero y mártir (+1936). Murió en Alicante, España, durante la persecución religiosa.

4. XVIII Domingo del Tiempo Ordinario.



Santa Radegunda

5. San Páride, obispo (+s. IV). Primer obispo de Teano, en Campania, Italia.

Santa Nona, madre de familia (+374). Esposa de San Gregorio, El Viejo, y madre de San Gregorio Nacianceno, San Cesáreo y Santa Gorgonia.

6. La Transfiguración del Señor. Fiesta establecida por el papa Calixto III como Fiesta a ser universalmente celebrada en ese día, en conmemoración por la victoria del Cerco de Belgrado contra la investida otomana (1456).

7. San Cayetano de Thiene, presbítero y fundador (+1547). Patrono del pan y el trabajo, conocido como el santo de la Divina Providencia. Fundador de la Orden de los Clérigos Regulares (Teatinos).

8. Santo Domingo de Guzmán, presbítero y fundador (+1221). Predicó contra la herejía albigense y gran propagador de la devoción a Nuestra Señora y el rezo del Santo Rosario. Fundador de la Orden de Predicadores (Dominicos).

Beata María del Niño Jesús Baldillou y Bullit, virgen y mártir (+1936). Pertenecía al Instituto de las Hijas de María de las Escuelas Pías (escolapias). Murió en Valencia, España, durante la persecución de los enemigos de la Iglesia, junto a otras religiosas escolapias, beatas y mártires.

9. Beato Ricardo Bere, presbítero y mártir (+1537). En unión con sus hermanos de la Cartuja de Londres, murió en la prisión por mantenerse fiel al Romano Pontífice, durante la persecución religiosa de Enrique VIII.

10. Beato Agustín Ota, mártir (+1622). Religioso de la Compañía de Jesús, decapitado en Iki, Japón.

11. XIX Domingo del Tiempo Ordinario.

12. San Euplo, mártir (+304). Martirizado durante la persecución



San Eusebio

de Diocleciano, siendo flagelado hasta morir. Comparte el patronato de Catania, Sicilia, con Santa Águeda.

Santa Lelia, virgen (+s. VI). No se sabe nada cierto de ella, probablemente nació en Irlanda. Considerada patrona de muchos lugares de Irlanda, especialmente Limerick.

13. Santa Radegunda, reina (+587). Con permiso de su esposo Clotario I, rey de los francos, da término a la vida matrimonial, para hacerse religiosa en un monasterio de Tours, donde vive su suegra, Santa Clotilde. Muere en el monasterio de Poitiers, mandado a construir por ella.

14. San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir (+ 1941). Nacido en Polonia, fraile franciscano conventual. Durante su cautiverio en el campo de concentración de Auschwitz, pidió voluntariamente ser ejecutado en intercambio con otro sentenciado, padre de familia.

15. Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María.

Beata Elvira Moragas Cantarero (María del Sagrario de San Luis Gonzaga), virgen y mártir (+1936). Reli-

giosa carmelita, martirizada durante la persecución religiosa en España.

16. San Teodoro, obispo (+s. IV).

Beato Juan Bautista Ménéstrel, presbítero y mártir (+1794). Martirizado durante la Revolución Francesa

17. San Eusebio, Papa (+310).

18. XX Domingo del Tiempo Ordinario

19. Beata Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo, virgen y mártir (+1936). Pertenecía al Instituto de las Hermanas Carmelitas de la Caridad y fue martirizada, junto a otras compañeras en Valencia, España, durante la persecución religiosa.

20. San Bernardo de Claraval, abad y Doctor de la Iglesia (+1153). Se le conocía como “cazador de almas y vocaciones”, “oráculo de la Cristiandad”. Primero y más destacado abad de la abadía cisterciense de Claraval, Francia. Gran devoto de la Santísima Virgen.

Beato Ladislao Maczkowski, presbítero y mártir (+1942). Murió por causa de graves torturas, en el campo de concentración de Dachau, Alemania.

21. San Pío X, Papa (+1914). El lema de su pontificado: Restaurar todo en Cristo. El 8 de septiembre de 1907, publicó la encíclica *Pascendi Dominici gregis*, donde condenaba el “modernismo”.

22. Santísima Virgen María, Reina.

Beato Simeón Lukac, obispo y mártir (+1964).

23. San Antonio de Gerace, eremita (+s. X).

Beato Juan Protasio Bourdon, presbítero y mártir (+1794). Religioso de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, encarcelado junto a otros sacerdotes durante la Revolución Francesa, muere contagiado por la peste.

24. San Bartolomé, Apóstol (+s. I). Nacido en Caná de Galilea, también llamado Natanael. San Felipe lo presenta ante Nuestro Señor y estando

en la India, predicando el evangelio fue coronado con el martirio.

Santa Emilia de Vialar, virgen (+1856).

25. XXI Domingo del Tiempo Ordinario

26. Nuestra Señora de Czestochowa. Patrona de Polonia. Su ícono se encuentra en el Monasterio de Jasna Gora (Monte Claro), Czestochowa, Polonia; es el más venerado en el país y uno de sus símbolos nacionales.



Santa Margarita Ward

27. San Narno, obispo (+s. IV).

Santa Mónica, madre de familia (+387). Madre del gran San Agustín, obispo de Hipona.

28. San Agustín, obispo y Doctor (+430). Nacido en Tagaste, obispo de Hipona, África, filósofo, teólogo y escritor, considerado el “Doctor de la Gracia” y el más grande pensador del primer milenio de la Iglesia Católica. Obras extraordinarias, las Confesiones y La Ciudad de Dios.

29. Martirio de San Juan Bautista, Precursor del Señor (+s. I).

Santa Sabina, mártir (+c. 126). Matriarca romana convertida al cristianis-

mo, por disposición de Dios, a través de su esclava Santa Serapia de Siria.

30. Santa Margarita Ward, mártir (+1588). Por ayudar a fugarse a un sacerdote, de la cárcel de Bridewell, Inglaterra, durante el reinado de Isabel I, fue condenada a morir en la horca.

Beata María Ráfols, virgen (+1853). En Zaragoza, España, fundó las Hermanas de la Caridad de Santa Ana.

31. San Raimundo Nonato (+c. 1240). Uno de los primeros seguidores de San Pedro Nolasco en la Orden Real y Militar de Nuestra Señora de la Merced y la Redención de los Cautivos, actualmente conocida como Orden de la Merced.



San Teodoro



Flávio Lourenço

San Pío X - Catedral de la Santa Cruz, Cádiz, España

Manos para consolar a los que sufren y para aplastar las herejías

San Pío X era, para todos los que lo visitaban, el padre por excelencia, de corazón inexpresablemente gentil y compasivo. Aconsejó la Comunión cotidiana y la de los niños, fomentó la devoción a Nuestra Señora y también condenó el modernismo. Hizo ver a todos los fieles que, si las manos de un Papa y de un Santo son maternales para curar las heridas de los que sufren, saben aplastar los errores y las herejías.

De origen humilde y sin haber pasado por la admirable escuela de formación política que es la carrera de la diplomacia pontificia, el Santo Padre Pío X tuvo que soportar el peso de la sucesión del Papa León XIII.

Iglesia amenazada por una de las crisis más complejas y serias

Cuando éste ascendió al trono pontificio, encontró a la Iglesia en una situación muy delicada, amenazada de todos lados por una de las crisis más complejas y graves de su historia. Desarrollando cualidades de intelligen-

cia, habilidad y celo que asombraron al mundo entero, León XIII, durante un largo pontificado que fue una serie ininterrumpida de triunfos, alteró profundamente esta situación crítica.

Con todo esto, su sobresaliente personalidad asombró tanto a sus contemporáneos que, cuando el viejo Pontífice expiró, era una impresión unánime que el pontificado de su sucesor sería irremediamente aplastado por la inevitable confrontación con las glorias de los días en que León XIII había reinado. Esta impresión creció de intensidad cuando se supo la elección de Pío X, cuya personalidad parecía despojada de todos los pre-

dicados que habían brillado en León XIII con tan intenso fulgor. En este sentido, la prensa declaradamente impía o simplemente neutral explotó con una insistencia insolente el contraste entre León XIII y Pío X.

De hecho, a Pío X no le faltaban altos predicados de inteligencia y cultura, sin embargo, era inútil tratar de equiparlos con la de su inmortal predecesor.

Poco a poco, sin embargo, una luz suavísima comenzó a brillar en la personalidad del nuevo Pontífice que atraía e iluminaba al mundo entero.

romaz2010 (CC3.0)

De una bondad verdaderamente angelical, con una piedad que revelaba el espíritu sobrenatural más vivo y ardiente, Pío X fue para todos los peregrinos que lo visitaban, así como para toda la Cristiandad, el Padre por excelencia, con un corazón indeciblemente tierno y compasivo, siempre dispuesto a acoger la expansión de todas las aflicciones, de todos los sufrimientos, de todos los dolores que hieren al hombre en este valle de tristezas. Y para cada uno siempre encontraba la palabra adecuada, escogida con una finura de tacto que sólo poseen los corazones elegidos, y revestida de una eficacia verdaderamente carismática.

Un consejo rápido, una palabra, incluso una sonrisa del Papa llenaba de luz los corazones más desdichados; más aún, su



San Pío X trabajando en los Jardines Vaticanos en julio de 1913

virtud era comunicativa con quienes se acercaban a él.

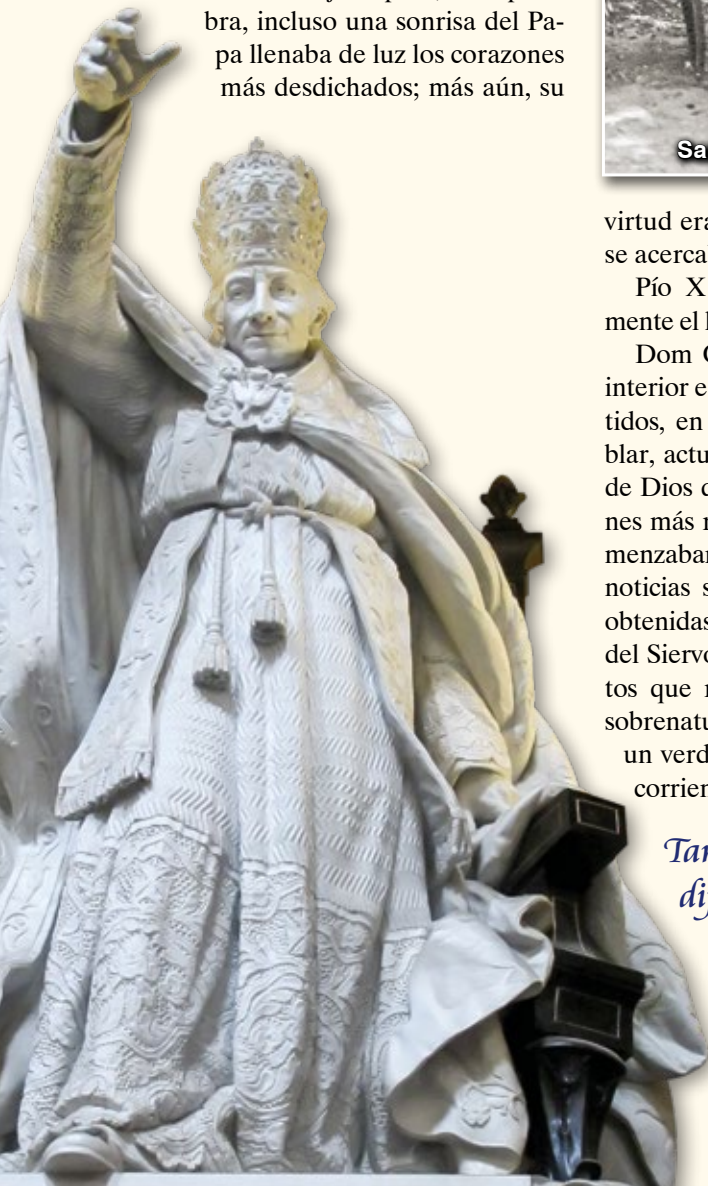
Pío X fue típica y característicamente el hombre de Dios descrito por Dom Chautard¹, pleno de la vida interior e irradiando en todos los sentidos, en su manera de orar, de hablar, actuar y aun de mirar, la gracia de Dios que subyugaba a los corazones más rebeldes. Y poco a poco comenzaban a circular entre los fieles, noticias singulares. Eran curaciones obtenidas por la intercesión decisiva del Siervo de Dios. Eran actos y gestos que revelaban un conocimiento sobrenatural de los hechos. Pío X era un verdadero santo. Esa era la voz corriente en toda la cristiandad.

Tarea soberanamente difícil, casi inviable

Dios gobierna con sabiduría infinita su Santa Iglesia, dándole los Pontífices adecuados para el momento de los tiempos

de crisis. Destrozando el campo doctrinal en el que abundaban los errores más groseros, León XIII, dotado de celo apostólico admirable y relevantes virtudes, aclaró y definió los contornos de la ortodoxia, amenazada y transgredida a cada momento por los autores de nuevas ideas que, sin embargo, querían seguir llamándose católicos, restaurando los estudios del tomismo; refutando los errores pestilentes del liberalismo, el socialismo y el comunismo, él dio rumbos definitivos al pensamiento católico; y además, les indicó las normas de actuación adecuadas, en la inmortal encíclica *Rerum novarum*.

Pero esto no bastaba. El error que envilece la inteligencia, arrastra la voluntad hacia el mal. La erradicación plena de toda la pestilencia de los errores que, desde el humanismo y el Renacimiento, pasando por el jansenismo, el pombalismo o josefismo, el filosofismo, etc., se habían arrojado sobre la cristiandad infeliz, exigía una obra más profunda.





Era necesario reavivar las voluntades tibias, llamar a la virtud a las personas mal intencionadas, arrancar al pecador de su pecado e inspirar en el hombre un verdadero horror a las veredas impías seguidas por sus contemporáneos. Un error se define, se refuta y se condena. Es una tarea ardua, pero francamente alcanzable. Sin embargo, rectificar una voluntad sinuosa, dar nuevo calor a un alma envuelta en la tibieza, reanimar la llama del bien que parpadeaba incluso en el alma de muchos católicos rectos, es una tarea difícil, soberanamente difícil, casi imposible. Fue la obra que la Divina Providencia confió a quien con una eficacia insuperable podría realizarlo: a un santo, a Pío X. Y por esta razón, un historiador de la Iglesia dijo que el reinado de Pío X fue uno de los más gloriosos y difíciles que hayamos visto.

Condenación de la música profana en las ceremonias religiosas

Para que esa obra fuese llevada a cabo, era necesario, en primer lugar, que del Santuario fuese eliminada la escoria de todas las influencias meramente naturales y profanas. El propio Pío X se immortalizó con su obra de reavivar los estudios y la piedad de los fieles sobre la Sagrada Liturgia, con lo que contribuyó notablemente al perfeccionamiento del sentido católico. La Sagrada Liturgia es la voz misma de la Iglesia orante. Estudiarla, conocerla, amarla, insertarse en la vida sobrenatural que ella comunica, responder generosamente, con la mortificación y la vida interior, a las gracias que ella transmite. Con esto no se podía sino sacar un inmenso provecho para la piedad de los fieles.

Sin embargo, había un obstáculo, además de la falta de interés, desconocimiento e ignorancia en la que se encontraba el saber litúrgico en muchos lugares. Era la música profana la que se asociaba con las celebraciones religiosas, robándoles su dignidad, su carácter sobrenatural y toda su austeridad.

¿Cómo hacer? Atraídas por toda clase de diversiones nuevas, las masas le huían al santuario. Si la Iglesia les quitara su música profana, mucho más accesible a los gustos modernos que el canto llano o incluso polifónico, las iglesias se vaciarían de una vez por todas. ¿No sería mejor contemporizar? Éste es el eterno problema de aquéllos que creen que la mejor manera de propagar las verdades es diluirlas y ocultarlas, como si la forma más efectiva de difundir la luz fuese disminuirla con una pantalla...

Pío X pensó de forma radicalmente diferente. En su famoso *Motu Proprio*², condenó formalmente la música profana en las iglesias, y desembarazando la atmósfera del santuario de esa inconveniente y, a veces hasta perniciosa floración, reeducó a los fieles en la apreciación del verdadero canto sagrado. Lo que se ganó con esto es fácil de ver en nuestros días, cuando nadie puede soportar de buena gana la música profana que a veces trata de reintroducirse pertinazmente en el lugar santo. Sería necesario todo un artículo periodístico para hablar de los actos con los que el Santo Padre Pío X, abriendo con más franqueza las fuentes de la gracia que la obstinación de los jansenistas había tratado de cerrar, inauguró en la Santa Iglesia una nueva era de fervor eucarístico. Aconsejando la comunión asidua e incluso cotidiana, el Santo Padre determinó una admirable eclosión del espíritu eucarístico, que se manifestó en las más variadas obras. Por otro lado, Pío X acercó a los niños a la Sagrada Mesa desde los albores de la edad de la razón, oponiendo a la expansión de la inmoralidad y la impiedad una barrera muy fuerte, robusteciendo las volun-



El cardenal Camarlungo anuncia la muerte de León XIII

tades y la inteligencia con la gracia de Dios todavía en la edad de la inocencia. De todo esto surgió un aumento de piedad en toda la cristiandad, que iluminó el reinado de Pío X con una gloria inextinguible. Devotísimo de la Madre de Dios y Señora nuestra, María Santísima, el Santo Padre Pío X alentó

conservando ciertas formas y exterioridades católicas con las que no se atrevía a romper, aceptaba al mismo tiempo todos los errores del siglo.

La primera característica del modernismo era que todas las palabras que en la Iglesia tienen un significado definido y tradicional valían como índices de otro sentido en el vocabulario de los modernistas. Usaban el mismo lenguaje que nosotros, pero con un espíritu diferente y con un segundo sentido que solo, hábilmente, dejaban vislumbrar en sus escritos, y solo de forma gradual iban revelando oralmente a sus partidarios. De ahí la confianza ilimitada de los espíritus ingenuos, pero a veces rectos y bien intencionados, que, viendo las apariencias, juzgaban salvadas las realidades. Y el mal circulaba impunemente.

En una encíclica famosa, Pío X condenó violentamente este mal e hizo ver a todos los fieles que, si las manos de un Papa y de un santo saben ser maternales para cicatrizar las heridas de los que sufren, saben ser pesadas como montañas para aplastar errores y extirpar herejías.

La Encíclica *Pascendi Dominici Gregis*, contra el modernismo es uno de los documentos más edificantes de Pío X. Sus páginas arden y vibran de santa indignación. Lleno de un celo sobrenatural por la Casa de Dios, el Santo Padre denunció con palabras de fuego el veneno que fluía subrepticamente “por las venas mismas de la Cristianidad”, y con admirable precisión, punto por punto, denunciaba los subterfugios, aplastando las falsas acusaciones y poniendo al descubierto toda la vileza de esta corriente que era, según sus expresiones, la “suma de todas las herejías”.

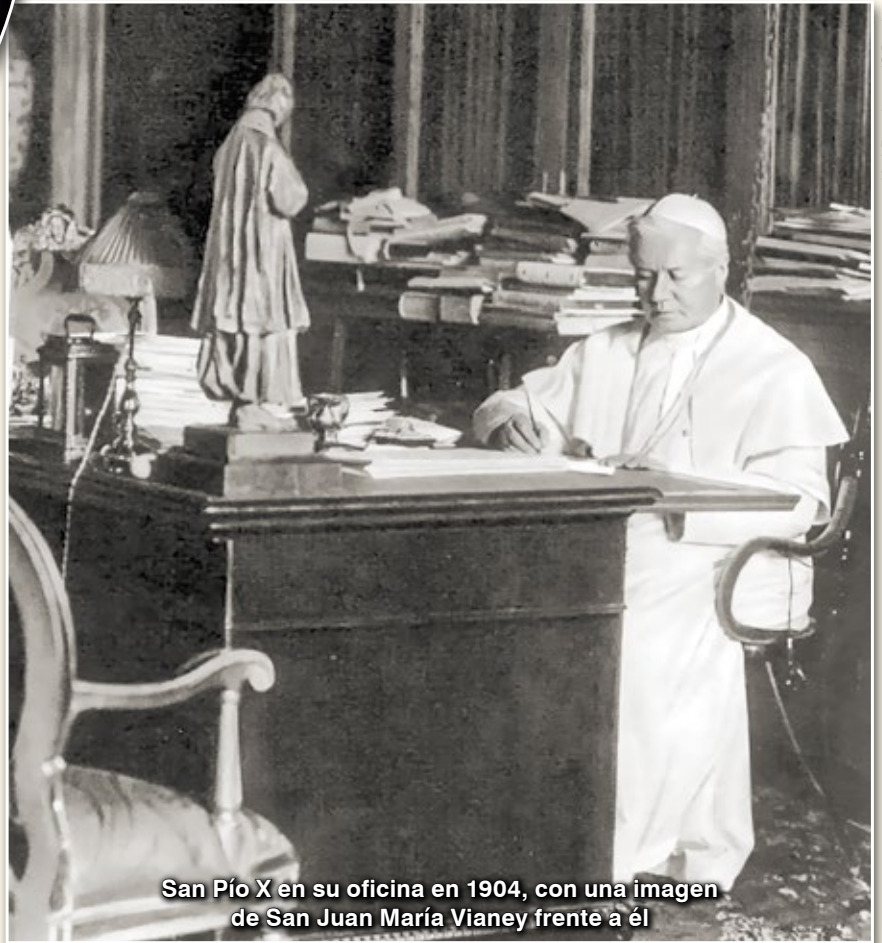


Litografía de San Pío X en 1907 - Iglesia de Santa María, Kitchener, Canadá

notablemente la devoción hacia Aquella a quien la Iglesia proclamará solemnemente Medianera universal de todas las gracias. Y por eso fue inmenso el torrente de beneficios espirituales con que se enriqueció la Santa Iglesia.

Modernismo, “resumen de todas las herejías”

Pero había un grave error, ciertamente sin ningún valor intelectual, ya que consiste sólo en una colección indecorosa de subterfugios, de sofismas y mentiras, que solapadamente, como serpiente insidiosa, se había insinuado entre los fieles. Era el modernismo. Él expresaba, en última instancia, el esfuerzo desesperado de ciertos espíritus, de que aun



San Pío X en su oficina en 1904, con una imagen de San Juan María Vianey frente a él



Herejía que defendía esquemas sociales y políticos igualitarios

Una de aspectos más importantes de la lucha de Pío X contra el modernismo se encuentra en la condena del movimiento “Sillon”³. Esta organización de jóvenes franceses había tomado direcciones peligrosas. Apasionadamente amigo de todas las novedades, odiando todas las tradiciones sin distinción, partidario sistemático de los regímenes sociales y políticos igualitarios y condenando a los aristocráticos como anticristianos (en contra de la enseñanza expresa de León XIII), hostil a toda autoridad, hasta el punto de no admitir que existieran profesores ni cursos organizados para sus miembros, y admitiendo sólo cooperativas intelectuales, enemigo de toda selección de miembros, de un confesionalismo típicamente liberal, al “Sillon”³ le gustaba afirmarse “revolucionario”, y señalar a Jesucristo Nuestro Señor como un gran “revolucionario”. Podemos imaginar la indignación de Pío X contra semejante serie de errores. Él los condenó y fustigó en una encíclica que debería estar en manos de todos, de tal forma aclarando puntos doctrinales muy importantes que han de interesar a los fieles has-

ta la consumación de los siglos. El esplendor de las virtudes de Pío X había por fin amortiguado en su totalidad el estúpido ruido de los que, enteramente naturalistas, juzgaban que el factor más importante en el apostolado está en la inteligencia y no en la virtud. Y por eso, el ambiente creado por la admirable figura del Papa fue de verdadero y universal asombro.

Infelizmente, sin embargo, llegó la guerra. Y como todo el mundo sabe, no resistiendo al golpe, así como a las innumerables luchas de su arduo pontificado, murió Pío X.

En el Cielo un santo más se sentó en el número de los elegidos, y en la tierra su memoria continúa embalsamando todos los corazones, edificando a todas las almas y consolando innumerables dolores. Hasta el día de hoy, llegan al Vaticano cartas a Pío X en las que los fieles de las más variadas partes de la tierra piden al gran Papa, cuyos restos mortales saben que están sepultados allí, que rece por ellos y obtenga para ellos las gracias espirituales o temporales necesarias.

La cripta en la que descansa su cuerpo es visitada constantemente por peregrinos. Y como no siempre está abierta, en la losa de mármol de la Basílica Vaticana, en la lápida de-



Fresco que representa la visita de San Pío X a la Madre del Buen Consejo - Genazzano, Italia

Gabriel K.

bajo de la cual se encuentra el lugar donde duermen en el Señor los restos de Pío X, se ha fijado un letrero metálico. Los fieles rezan a su alrededor en las horas en que el lugar no está abierto al público. ❖

(Extraído de O Legionario N^o 553, 14/3/1943)

- 1) Jean-Baptiste Chautard (*1858 - †1935). Abad de Sept-Fons, Francia, autor de *El alma de todo apostolado*.
- 2) *Tra le sollecitudini*, 22 de noviembre de 1903, sobre música sacra.
- 3) *Le Sillon*, un movimiento político-religioso francés que pretendía unir el catolicismo con los ideales socialistas y republicanos franceses.
- 4) Encíclica *Notre Charge Apostolique*, 25 de agosto de 1910.

Studio of Giuseppe Felici (CC3.0)



Papa San Pío X en su lecho de muerte, 20 de agosto de 1914



Esplendor y decadencia retratados en un álbum



Ilustraciones: J. Pinchon

Al analizar las figuras de Pinchon, el Dr. Plinio describe la personalidad y la vitalidad de la plebe, la dignidad y el brillo de la clase alta, resaltando el mutuo afecto entre ambas. Sociedad llena de esplendor, pero cuya decadencia se hace notar en la disminución de las personalidades.

Una de las ilustraciones representa a Bécassine en un banquete en el país vasco.

El papel del pueblo, pulmón de la sociedad

El país vasco es bien diferente de la Bretaña. Enclavado en los Pirineos, es la parte francesa de la antigua Navarra, que quedaba en las dos laderas de esa cordillera; cortada por las montañas, una parte se incorporó –o fue incorporada– a España y la otra a Francia.

Hasta hoy el regionalismo en Europa es tan vivo que hay separatistas en España y en Francia, vascos y navarros, que querrían separarse de sus respectivos países, para constituir un país independiente.

Me acuerdo de que, afeitándome en mi cuarto en el Hotel Regina, miré al barbero y me pareció que no era un francés clásico. Le pregunté, entonces, de donde era. Él respondió:

—*Je suis basque, monsieur!* (¡Yo soy vasco, señor!)

Le dije para ver su reacción:

—*Donc, français!* (¡Por lo tanto, francés!)

Él retrucó:

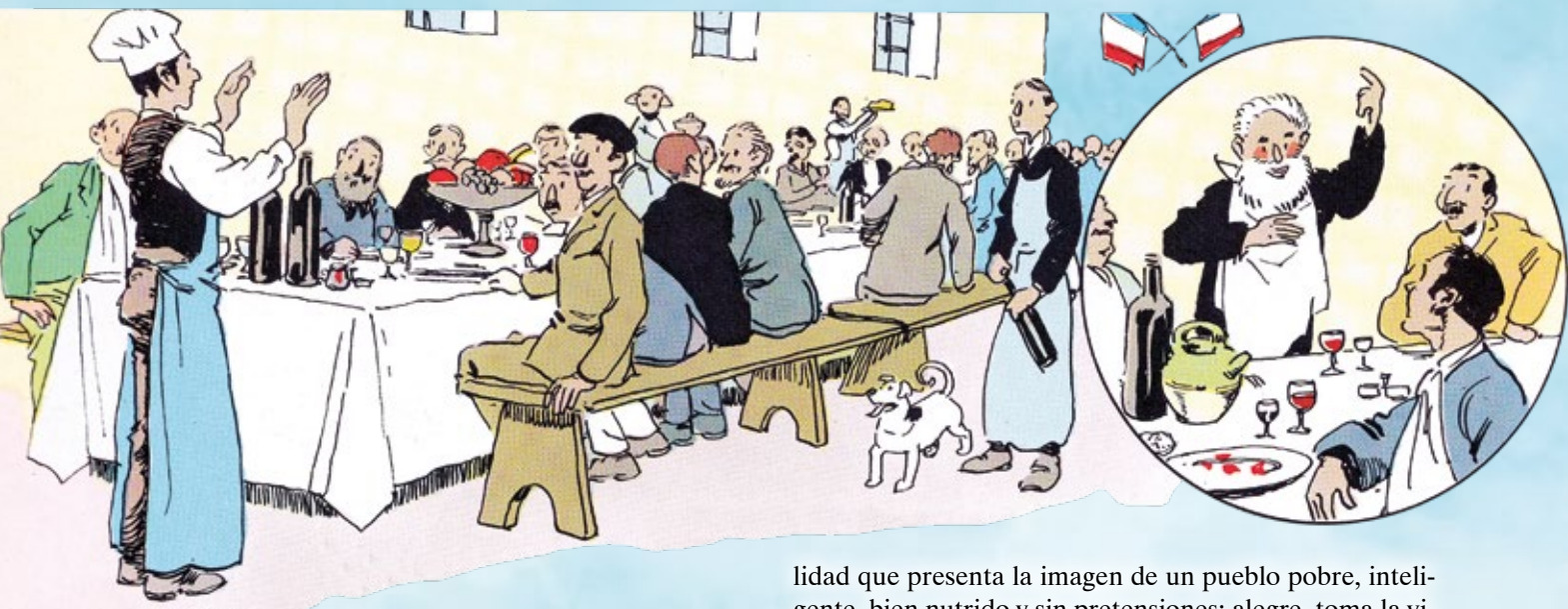
—*Pas du tout français!* (¡De ninguna manera francés!)

¡Yo soy vasco y separatista!

Es una figura de una comida de una minúscula burguesía tendiente para la plebe. Esas familias están divididas entre trabajadores manuales y otros que no lo son, y están sentados en bancos improvisados a lo largo de mesas enormes, servidas por mozos. Es interesante la jovialidad y la individualidad popular.



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA



Pinchon, insisto en decir, es fenomenal. Presenta a cada uno con una personalidad propia, que se ve hasta de espaldas. Por ejemplo, el aspecto imponente de uno que domina la situación, golpea la mesa, manda que callarse, le reclama a otro que coma más rápido, le saca el plato a otro... Es una especie de director de tránsito del almuerzo, complicado por causa del exceso de vitalidad de los asistentes.

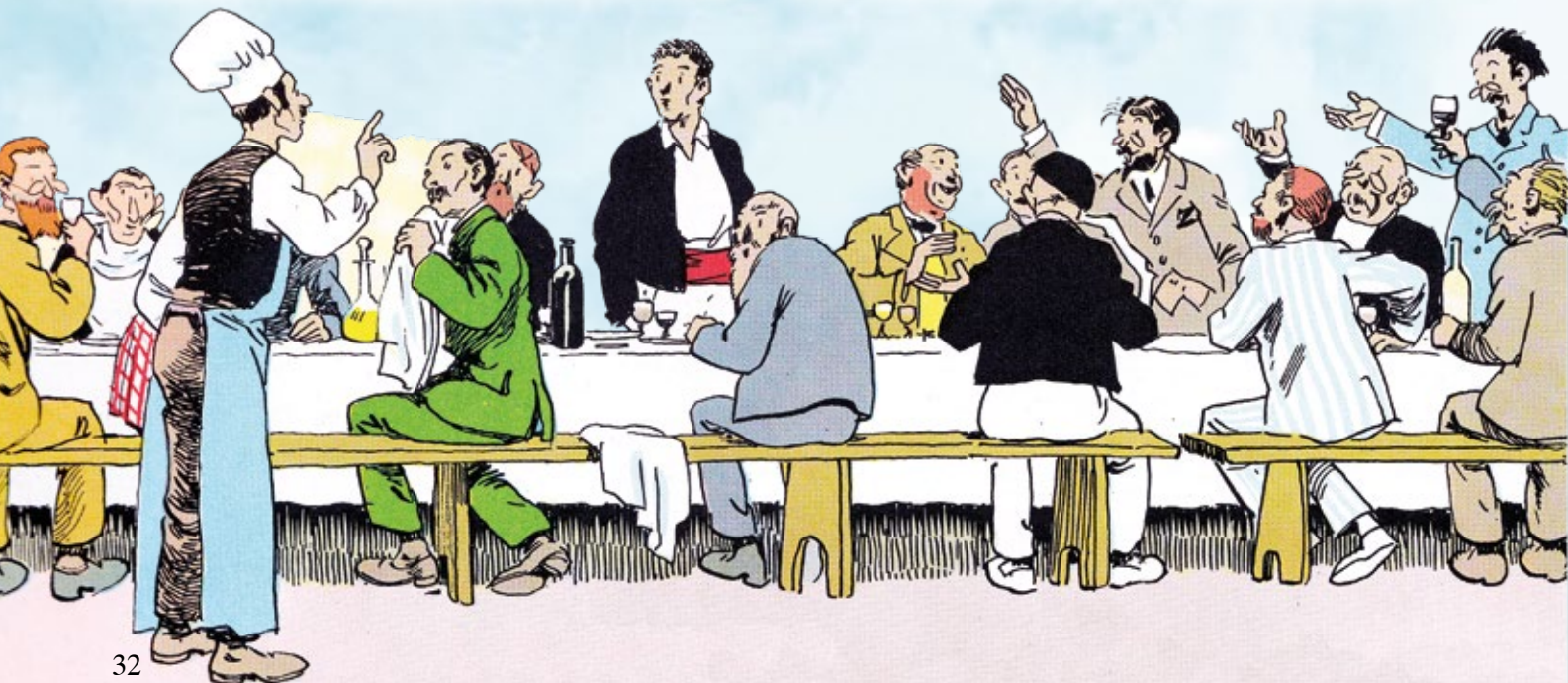
Uno de los personajes, a juzgar por el gorro, es el cocinero, y probablemente lo están aclamando porque la comida está muy buena. Pero podría ser también para reclamar porque está mala, pues el cocinero forma parte de la historia y es abucheado o aplaudido conforme pasen las cosas.

Las reacciones son todas groseras y plebeyas, pero de una salud, de una vitalidad sin excitación, y de una jovia-

lidad que presenta la imagen de un pueblo pobre, inteligente, bien nutrido y sin pretensiones; alegre, toma la vida como ella es y se divierte. Es la imagen perfecta de la clase social más modesta en lo que tiene de pintoresco. ¡De pintoresco, digo poco, de indispensable!

Sobre la verdadera rudeza –que no se debe confundir con la proletarización mecanizada de la era industrial, que es una cosa completamente diferente–, es una especie de humus vital, del cual proviene la vitalidad para toda la sociedad. Y debe haber una clase que se exprese de modo grosero, hable alto, pise firme y represente ese aspecto tumultuoso. Si todo el mundo fuese muy educado, bien arreglado e imagináramos una ciudad donde sólo hubiera marquesas de Grand-Air, la ciudad sería irrespirable.

Algo de la vitalidad de la clase alta viene de la clase baja, que transmite exactamente eso por lo que ella tiene de desinhibido, de libre. Parece una bandera al viento, en el camino, con polvo, con todo, pero fluctuando





y tremolando, indispensable para la vida de la sociedad; mientras que la clase alta parece una bandera guardada en una vitrina muy límpida, muy bien arreglada y colgada melancólicamente a lo largo del mástil. Es otra cosa, pero indispensable para la vida de la sociedad. Es vital que exista una clase así. Exactamente la proletarización moderna no hace eso.

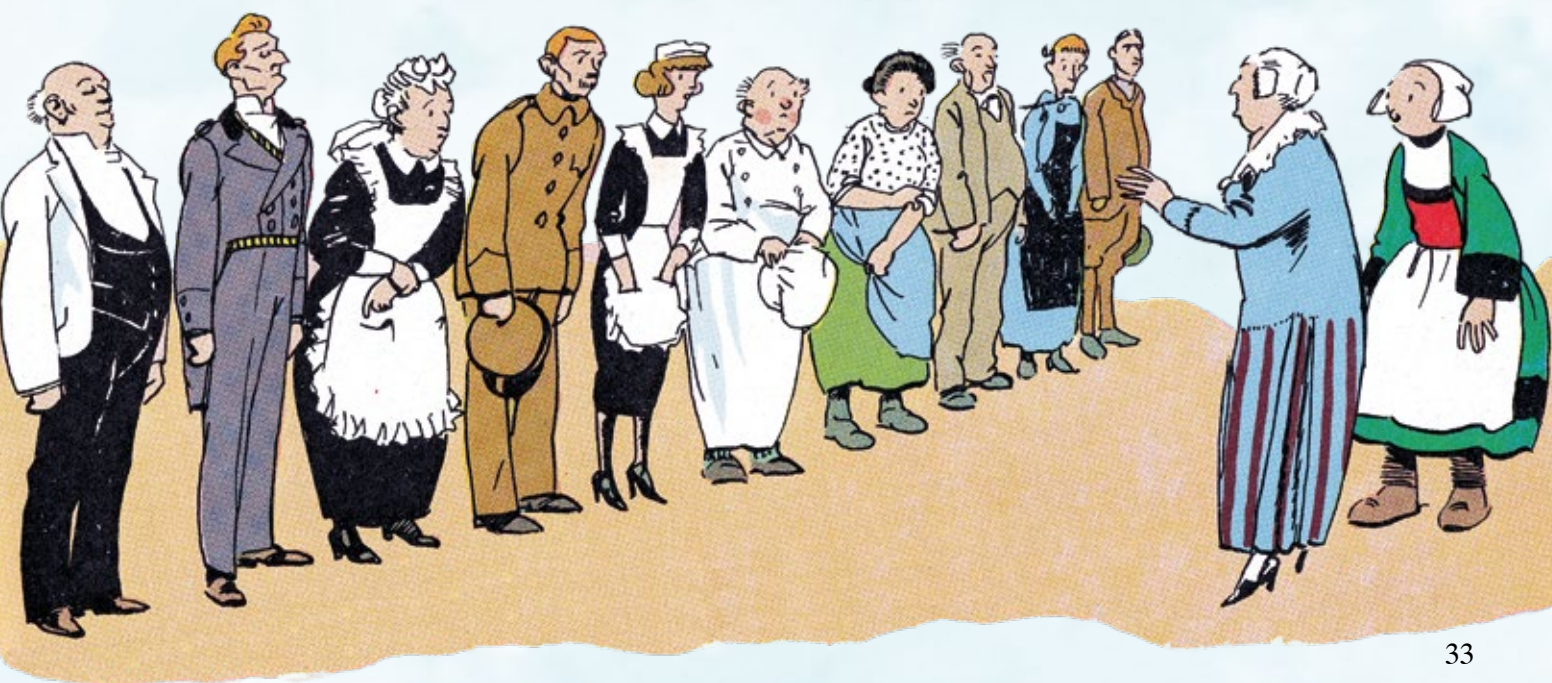
A veces veo pasar trenes de suburbio y procuro mirar adentro para analizar el ambiente y la convivencia existente allí.

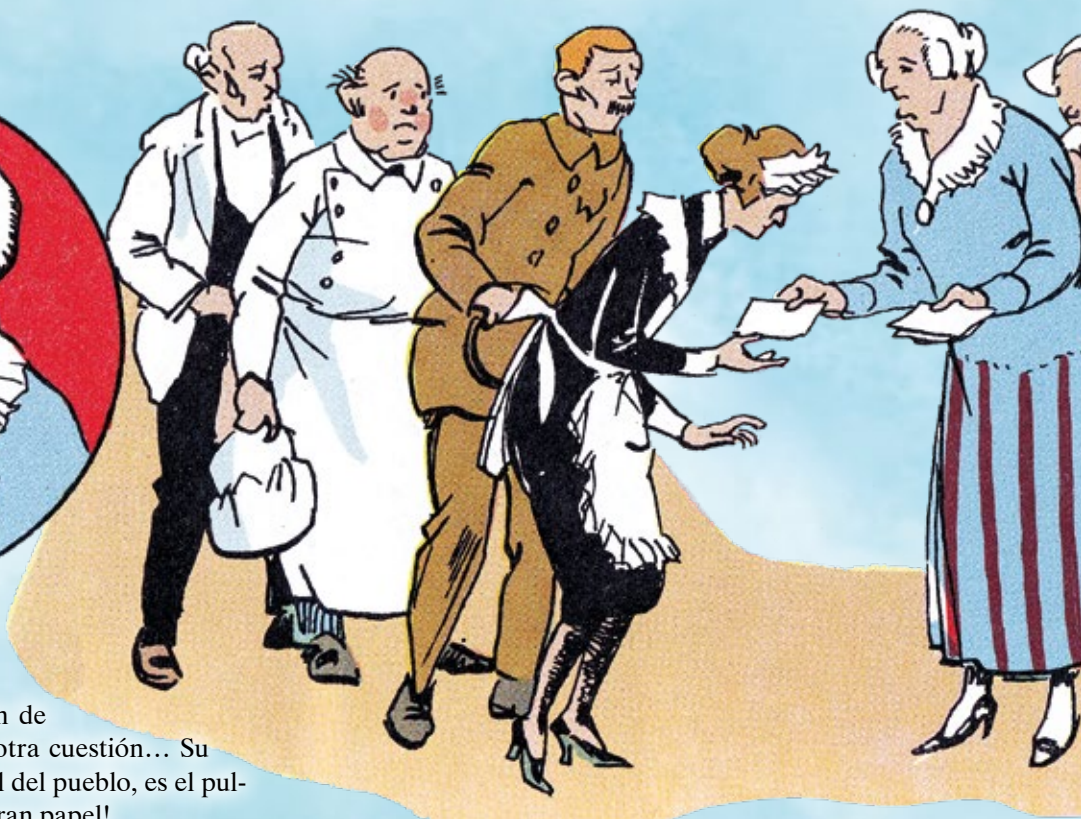
Alguien podría decir: “¿Por qué Ud. no pregunta en vez de mirar? ¡Ud. tendría mucho mejores informaciones!”

El arte de describir fue muriendo y yo no tengo certeza de que encontraría buenas descripciones. Sin embargo, la descripción sabrosa hace parte de la degustación de la vida. Pero como no cuento con un equipo de descriptores muy numeroso, procuro analizar, yo mismo, lo que pasa en el interior de esos trenes.

Veo, entonces, el tren sucio por dentro, mal iluminado, con personas tristes, sin cualquier expresión de personalidad, sin ninguna cordialidad una con otra, sin tener ni siquiera sobre que conversar, y cada uno sentado en su rincón, en cuanto el tren va a toda prisa, eyectando gente a la *spray* por los caminos.

No es la atmósfera del banquete de Bécassine, en que cada uno es cada uno, alguien es alguien, cada uno tiene tiempo para decir lo que quiere, para divertirse. Nadie está pensando en el día de mañana, ni en el impuesto que está por vencer, en la consulta del médico porque tiene una duda si está con cáncer o no. Todos tienen salud, to-





dos están comiendo hasta reventar. No aprendieron a hacer dieta, no tienen problema de tensión arterial. Mueren de repente de derrame, pero esa es otra cuestión... Su vida es desembarazada. Es el papel del pueblo, es el pulmón de la sociedad. ¡Qué bello y gran papel!

Afecto mutuo en la desigualdad social

Hay otra escena muy interesante. Es ya después de la guerra. La ropa de casa es aún menos simplona que la de la calle, pero es monocolor. Madame de Grand-Air probablemente va a viajar y está haciendo recomendaciones a los criados. Ella vive sola en un departamento con Bécasine, ya entonces joven, y con Loulotte, una niña, y está despidiendo a los empleados porque se volvió pobre y se va a mudar a Versailles. ¡Miren la servidumbre que poseía!

Noten cómo cada función tiene un traje propio. Hay un *sommelier* que se ocupa de los vinos. Otro atiende la puerta de calle, conduce a las personas hasta la sala, en fin, recibe a las visitas como empleado. Está ahí el mayordomo Hilarion, que recitaba versos; su historia es muy pintoresca.

Las demás son empleadas, criadas de cuarto, están vestidas del mismo modo. Hay un chofer, un cocinero, una empleada que hace la limpieza y los empleados de la cava, jardín y garaje.

De tal manera cada uno está ligado al traje de su función que ellos comparecen delante de Madame de Grand-Air, cuando el traje comporta, con el respectivo quepis. El cocinero con su gorra grande.

Casi todas las personas en esa fila, que están alcanzando cierta edad, son gordas. Inclusive la más joven de entre las viejas ya está engordando. La más joven de to-

das aún no engordó. La de más edad ya engordó de una vez. La tendencia para la obesidad viene del hecho de que ese pueblo vive con hartura y de comer bastante.

La escena tiene algo de patético. Todos están consternados porque Madame de Grand-Air está diciendo adiós, y todos son empleados de la familia desde hace muchos y muchos años. Ellos van a quedar desempleados, pero no es este el miedo de ellos, porque no había desempleo y ese género de gente siempre conseguía buenas colocaciones. Aún más respaldados por la Marquesa de Grand-Air, de la cual se conocía mucho el estilo. Y todos llevaban documentos de recomendación de la marquesa. Por lo tanto, no es ese el problema, sino la tristeza de la separación.

Veán a pesar de la desigualdad, todo el afecto mutuo. La marquesa les explica que empobreció, no puede pagarles más y ellos no pueden vivir sin los sueldos. Ella va a conservar una o dos empleadas y nada más. Entonces, está haciendo las despedidas con dignidad y tristeza, pero mucha afabilidad. Todos están consternados. No causarían sorpresa que una de esas empleadas comenzase a llorar o que una lágrima rodase de los ojos del cocinero gordo.

Imaginen el brillo de una vida de casa con esa servidumbre circulando de un lado para otro, con esos trajes. Y el modo de Madame de Grand-Air de darles una orden... Era como una quintaesencia, ¡y ellos servían con tanta dedicación!



En la Baronesa de Bonaccueil, la decadencia

Otra ilustración presenta a Madame de Grand-Air visitando una pariente, la Baronesa de Bonaccueil, la “Baronesa de la Buena Acogida”, en el “Castillo de la Buena Acogida”.

Es una terraza con muebles apropiados, de una pintura alegre, teñidos de rojo. Como muy frecuentemente aparece en Bécassine, un perro con la cola recortada, co-

mo se usaba. Un mayordomo del género de la servidumbre de Madame de Grand-Air, y después la construcción, ya medio atinente al castillo. Hay una torre y, en frente, otra parte del castillo, el cual se ve mejor. No es propiamente un castillo, sino lo que se llama manoir (mansión), o sea una casa noble semi fortificada, con algunas torres para resistir un cerco ligero. Pero, no es propiamente un castillo, es una residencia noble. Madame de Grand-Air está conversando con una prima.

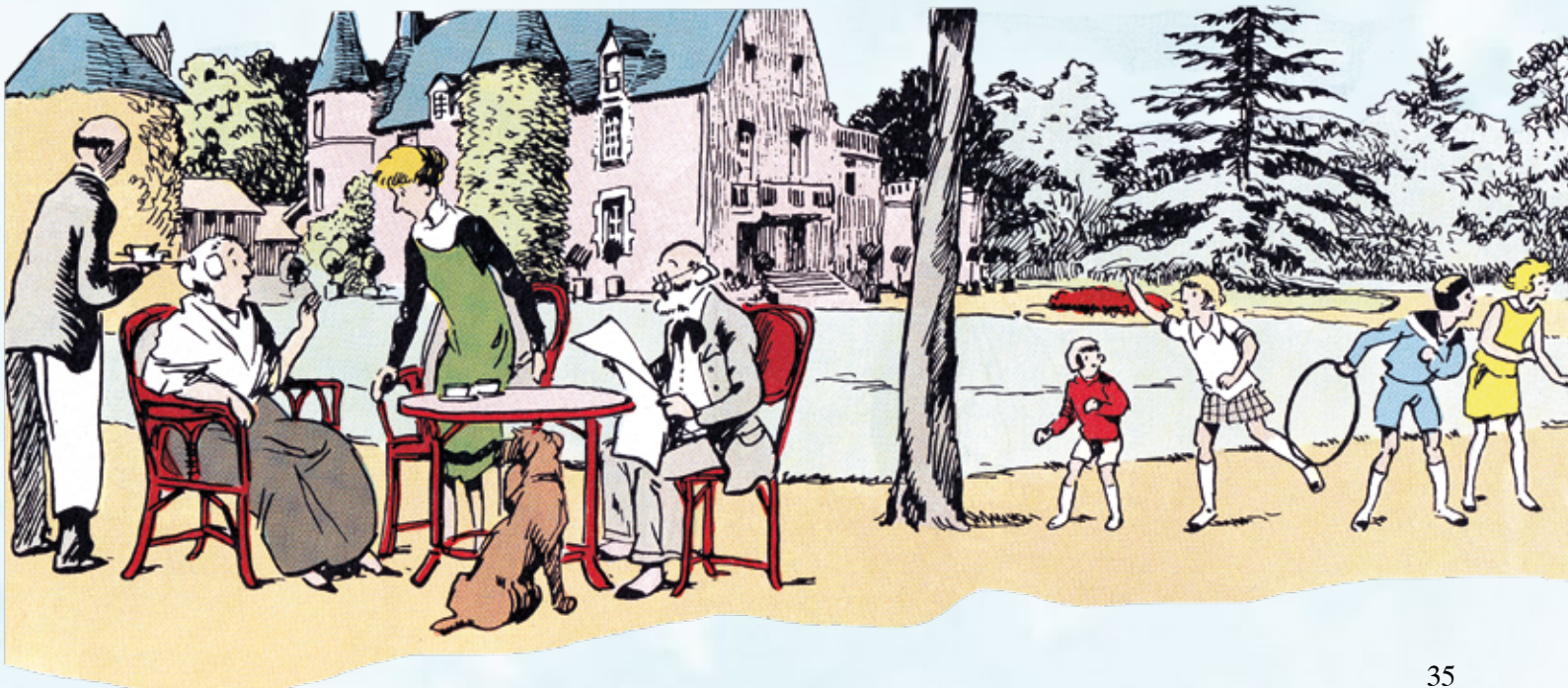
Se nota una actitud bien característica de ese tiempo: dos señoras conversando y un hombre leyendo el diario. Las señoras leían poco el diario y los hombres no entraban mucho en la conversación de las señoras. Entonces ellos tenían un trato frecuente amistoso, pero cada uno a su modo. No era la separación de los sexos, que ni siquiera tenía razón de ser en la suavidad de la Civilización Cristiana, sino la distinción muy nítida y muy definida entre ellos.


El viejo recuerda un poco, por el todo y por el traje, al Marqués de Grand-Air que, de hecho, desaparece de la escena; creo que murió antes. Y la Marquesa es bastante mayor que la Baronesa de Bonaccueil que toma así un aire de sobrina reverente.

¡Qué diferencia! ¡Es otra generación! ¡La Baronesa de Bonaccueil no tiene nada de la grandeza de la Marquesa de Grand-Air! Es una baronesa, tiene el castillo, pero la persona disminuyó. Claro que sus hijos van a ser menos que ella.

Entonces, se puede una vez más medir la decadencia. Esto es, por un lado, un álbum del esplendor, pero, por otro lado, un álbum de la decadencia de la sociedad. ♦

(Extraído de conferencia del 16/5/1980)





Coronación de María
Iglesia de San Jorge, Vahrn,
Tirol del Sur, Italia

Cetro con el cual María gobierna sus súbditos

Uno de los modos por los cuales Nuestra Señora hace efectiva su realeza es su Corazón Inmaculado y Sapiencial.

La Virgen María es Reina por derecho por ser la Madre de Dios y porque su Divino Hijo le entregó la regencia del Cielo y de la Tierra. Así, Ella impera sobre los Ángeles, los Santos, las almas del Purgatorio, los hombres que están en el mundo y hasta sobre el Infierno.

En el Cielo, los Ángeles y Santos aman a Nuestra Señora con toda la intensidad, abajo de Dios. Por eso, el Sapiencial e Inmaculado Corazón de María reina sobre los corazones, esto es, las mentalidades, siendo la sabiduría y voluntad de Ella la regla para la de ellos. Por lo tanto, la Santísima Virgen domina el Cielo de Corazón a corazón.

El Sapiencial e Inmaculado Corazón de María ejerce su autoridad sobre todo el mundo tocando con gracias superabundantes los corazones que, al recibirlas, se inclinan a servirla. Su Corazón es, pues, un cetro con el cual la Madre de Dios gobierna todos aquellos que le obedecen.

Se podría representar el Inmaculado Corazón de María encimado por una corona para indicar bien su carácter regio.

Así, la fiesta de Nuestra Señora Reina es la fiesta del Corazón de Aquella que en Fátima dijo: "Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará."

(Extraído de conferencia sin registro de fecha)